

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

Tlahtolli entre surcos

TRABAJO RECEPCIONAL
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADA EN CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA

Diana Laura Briceño Ayala

a

DIRECTORA

Dra. Adriana Azucena Rodríguez Torres

Ciudad de México, noviembre de 2018

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

El cuento empieza cuando la realidad
escapa a nuestros conocimientos, cuando no sabemos interpretar
algún hecho, entonces empieza el cuento. Tratando de escapar de la
realidad, de una verdad que escondemos en un cuento.

Joel Torres Sánchez

Tlahtolli entre surcos

ÍNDICE

<i>Xinachtli neli</i> , la semilla verdadera.....	4
<i>Ichtli</i> , la trenza de maguey y recuerdos.....	13
<i>Chalagapoli</i> , sangre de la tierra.....	18
<i>Macehualiztli</i> , la danza renace con tus pies.....	28
<i>Xayacatzin</i> , la artesanía de la vida.....	35
<i>Cuetlaxtli</i> , el cuero arrancado del espíritu.....	45
Una oscura sonrisa.....	52
Las semillas de huexólotl.....	58
Donde no hay sombra y los dientes sangran.....	65

Xinachtli neli, la semilla verdadera

Con la madrugada en los hombros, se escuchan las calles llenas de tubos, maderas que se azotan unos contra los otros; lonas, telas rojas, naranjas, amarillas y azules, colorean las calles. Los que trabajamos, barreos el piso que ocuparemos, preparamos las mercancías que se ofrecerán para vender a la comunidad. Cada familia vende de acuerdo a lo que le convenga o más sepa; nosotros vendemos lo que la tierra nos regala para vivir.

Aquí todos llegamos a una hora en la mañana, múltiples voces se conjuntan, todas de diferentes sonos pero bien fuerte que nos hacemos entender:

—Llévele señor, señora: sus huauzontles, nopales, maíz, chilacayotes, aguacates, no se quede con las ganas de comer quintoniles, xoconostles y chayotes.

—Sus flores, hierbas medicinales ¿Cuál busca?

—Chirimoya, nanche, piña, plátano, guayaba, zapote amarillo, negro y blanco, ¡Con las tres B: bueno, bonito y barato!

Todos somos pochtecas, igual que los abuelos que nos han enseñado a venir al tianguis, pero con los años olvidamos los pasos o senderos que nos trajeron hasta este pedazo de cemento, que antes era lago. Recuerdo bien cómo mi padre nos regañaba por lanzarnos la pitahaya como pelota de viento, después nos miraba serio, fruncía las cejas y nos decía:

—Valoren y respeten, aprendan, no sean distraídos, porque esto me lo enseñó mi padre al igual que yo a ustedes, y así se lo enseñaron al mío. Miren a su alrededor: aquí sembraba mi bisabuelo hortalizas, conocíamos que *ipalnemohuani*, Aquel por quien se vive, nuestro padre, era hecho por uno mismo, en cada acción que hacemos. Estas moneditas no estaban, solo se hacían cambios, trueques; en las calles no había autos,

sino chinampas que nos traían mercancía de allá de Puebla, Hidalgo y Oaxaca. Era fácil entendernos porque todos los de la comunidad se reunían.

Así nos decía, como triste o enojado, casi sin mirarnos. Después de un rato, cuando empezaba la venta, se le olvidaba por el resto del día. El mismo discurso anterior nos lo repetía cuando empezábamos a jugar mis hermanos y yo con algo de la mercancía, incluso si era un pequeño cebollín. Las risas nunca faltaban, sin embargo.

Cierta mañana, lo recuerdo muy bien, mi padre nos dio de comer un tipo de acelgas junto con unas semillas que sabían deliciosas; mi padre las llamó *xinachtli neli*, algo así como “semilla verdadera”. Después de comerlas me sentí mareado, tanto que los mareos me perseguían incluso al acomodar las verduras del puesto.

Noté que las semillas habían hecho su efecto cuando en el tianguis, en vez de tubos y maderas, solo veía petates y huacales, en vez de lonas había telares, todo era más colorido, más brillante, incluso las personas, los rostros parecían más sinceros, caminé para observar, los pies me pesaban como rocas, el cuerpo se me tambaleaba. Los vendedores ofrecían sus productos, cuando pasaba frente a sus vendimias me preguntaban:

—¿Qué traes?

—¿Por qué lo cambias?

Me buscaban con la mirada algo en las manos o en la espalda, todos a mi alrededor cambiaban sus cosas, nadie pagaba con monedas,

—Señor, señora, ¡lleve sus conejos, gallinas, guajolotes! Todos regordetes, acepto maíz y frijol, anímense, cinco kilos de frijol por un guajolote grande...

Algunos pollos y patos pequeños se salieron del corral, caminaron a mis pies, noté que pisaba tortillas hechas trizas, los miré tan cerca que no pude aguantar las ganas de

intentar quitarles a los patos una pluma de su rabo, acerqué mi mano lentamente, uno se enojó tanto que me picoteó mis piernas.

—¡Por favor, ayúdenme! —empecé a gritar y fue cuando mi hermano empezó a reír.

—Lo tienes bien merecido por andar molestando a los animales.

La señora se levantó y los acercó a los huacales que acomodó como corral para que no escapasen. Al alzar la vista noté que todos nos miraban con sonrisas en el rostro, así fue como miré hacia el fondo de la calle donde me encontraba. Esta parecía solo una explanada, rodeada de un color azul brillantado. Cuando intenté caminar, mi hermano mayor me tomó del brazo y dijo:

—De aquí no te mueves hasta que cambies toda esta verdura, ya después podrás ir a curiosear y perder tu tiempo.

—No te entiendo, a cambiarla por qué, ¿está echada a perder? ¿Y por qué tengo que trabajar en este tianguis sino están mis padres, dónde están?

—Deja de preguntar y trabaja que para eso venimos.

Frente a nosotros vendían carne de armadillo, venado y el olor a pescado penetraba el olfato. Podía observar con claridad cómo degollaban a todos esos animales para quitarles la vida; posteriormente los volteaban de cabeza para que les saliera la sangre del cuerpo, después se disponían a cortarlos en cachos para venderlos por pedazos. Pobres de los que aún estaban vivos esperando su hora final. El señor copalero que se encontraba a mi lado derecho no hacía suficiente humo para cubrir el olor que tantas náuseas me causaba; el sonido de un *panhuehuetl*, tambor, fue el que me hizo tambalearme.

—¿Qué tienes, hijo? Otra vez les ha dado esas semillas, su padre no entiende —dijo mi madre.

Cuando abrí mis ojos, acompañaba a unas cajas de cartón en el piso; mi madre me zangoloteaba de los hombros y lloraba, sentí sus lágrimas cuando me besó la frente; miré a todas partes, mi hermano mayor me señalaba con su dedo índice, reía burlonamente. Me levanté, a mi alrededor había una multitud de gente que me miraba curiosa y susurraba “pobrecito”.

—Hermano, ¡no pensé que te asustarías tanto! Yo ya he comido *xinachtli neli*, la semilla verdadera que sembraba el abuelo, pero no me desmayé como tú, eres exagerado...

Mi hermano me habló con burla y al mismo tiempo sabiamente. Esa tarde nos contamos uno al otro qué vimos o si realmente estábamos juntos. Aquellas semillas con sabor dulce me mostraron un tianguis que no conocía; al llegar a casa. Realmente mis pies no se habían movido de lugar, donde me encontraba inconsciente, era el mismo puesto de tianguis donde trabajamos. Yo seguía despierto atendiendo a los clientes, no sé en qué momento me desmayé. Preguntamos a mi padre qué eran exactamente esas bayas, le pregunté ¿De dónde viene esa alucinación? ¿Es alguna planta alucinógena?; mi padre rio a carcajadas y dijo:

—Estas semillas estaban guardadas como parte de las hortalizas y herencias del bisabuelo.

Buscó en unas cajas de cartón, me mostró unas pinturas. En ellas había vendedores justo como los vimos hoy mi hermano y yo, pero sólo una llamó mi atención, era precisamente porque había vendedores enojados; en sus rostros había furia, señalaban una piedra que se encontraba en el centro. Mi padre miró mi curiosidad y dijo:

—Si gustas, mañana les doy otras semillas de *xinachtli neli*, para que conozcan y reconozcan de dónde vienen los saberes del tianguis, Ellas son capaces de mostrar a quien las toma el recuerdo del entorno donde se encuentran, así que tanto el presente del pasado como el presente actual se podrán mezclar revelando su origen. Tu hermano, que ya las ha tomado, ha visitado a los anteriores pochtecas. Él te llevará al lugar más sagrado del tianguis, cuando te encuentres frente al momoztli, lo sabrás.

— Pero, ¿qué es un momoztli? Pregunté.

—Veras qué significa para los pochtecas, por lo pronto sólo puedes saber que es el altar de ídolos.

Me temblaron las piernas cuando de nuevo mi padre puso las *xinachtli neli* en mis manos. Esta vez nos la dio a beber con pulque para que nos ayudara con el susto. Después de dar el trago, mi hermano me tomó de la mano, dimos unos pasos. El suelo crujía como si aplastáramos cáscara de cacahuete, el mareo era pasajero. De repente ya había a unos metros canastas llenas de frutas y petates que sostenían cazuelas de barro. Miramos a nuestra derecha. Ahí estaba, justo en el centro, supe que era el momoztli: una piedra grande de unos cinco metros de alto y unos dos de ancho. Parecía un espejo gigantesco, ovalado, con una base rectangular, gruesa, hecha de piedra de caliza, en la que había ofrendadas gallinas sin cabeza, semillas, flores y frutos.

Un terror grande me inundó cuando escuché que un hombre gritaba aterrado, pidiendo ayuda, repitiendo que no había robado nada, que lo dejaran ir, que no había hecho trampa de venta. El hombre estaba parado en el centro del momoztli. Los pochtecas le lanzaban piedras grandes, le gritaban traicionero, los leñadores terminaban su sufrimiento lanzando hachas de cobre y navajas de obsidiana.

Parpadeé múltiples veces cuando el hombre cayó frente al espejo. ¡No! Sentí que salió de mi garganta un grito de terror, los pochtecas de la época de mi abuelo me miraron. Mi hermano me tapó la boca fuertemente, me arrebaté de su mano y corrí, sin detenerme, intentando regresar con mi madre y mi padre, pero solo iba en círculos. No había calles de cemento, sólo agua rodeaba el terreno. Los pochtecas empezaron a mirarme con desconfianza, uno de ellos gritó, señalándome:

—Es cómplice del traicionero, también nos ha robado, no acepta que el tramposo sea ofrendado a los dioses para pagar su condena.

—Claro que no. ¡Yo no sé quién es, no lo conozco! —respondí.

Y en mi voz quebrantada trataba de llamar a mi hermano, pero no estaba. Los pochtecas se encaminaron hacia mí, uno me arrastró del brazo hacia el *momoztli*. Sacudí mis piernas, los brazos con toda la fuerza que pude, me soltaron del brazo de jalón, entre el escurrimiento de mis lágrimas y parpadeos, estaba tirado justo al lado de un poste con un teléfono de monedas. Grité tan fuerte que la gente se acercaba a mirarme, una señora me dijo con voz tranquilizadora:

—¿Estás bien, niño?, ¿Dónde está tu mamá?

Un alivio inmenso me embargó el cuerpo, me levanté, me sacudí. Las personas en el tianguis me miraban aún con desconfianza. Mi hermano me tomó de la mano y dijo:

—Ya hemos regresado, deja de gritar.

—Encontramos el momoztli —le dije a mi padre en secreto cuando nos encontramos de nuevo a su lado en el puesto del tianguis.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Está incrustado en el teléfono de monedas —le respondí.

Al terminar de trabajar intentamos zafar el teléfono pero los vecinos no nos dejaron. Intentamos relatar que significaban aquellas piedras viejas, pero no les importó a pesar de ser vecinos de tianguis, nos corrieron y golpearon con palos de escoba para que nos fuéramos.

—Pónganse a trabajar, mejor... no quieran robarle las monedas al teléfono...
¡Chamacos traviesos!

Me impactó mucho estar en la época de mi abuelo, quería que los tianguistas supieran que en nuestro tianguis residía un lugar muy sagrado para los antiguos pochtecas y que a quien robaba o hacía trampas de venta, lo ofrendaban a los dioses, tal vez si lo supieran cambiarían muchas cosas, pero nadie me creía y por desmayarme me miraban como enfermo o loco.

Mi hermano y yo decidimos montar guardia para saber a qué hora del día podíamos acercarnos al momoztli. Descubrimos que solo podíamos aproximarnos al teléfono a la hora en que todos montaban o quitaban sus puestos, pues se concentraban en sus quehaceres, ponían poca atención a su alrededor. Con herramientas empezamos a remover desde el suelo el tubo metálico de aquel tragamonedas; sentíamos tantas ganas de saber qué había debajo de aquel *momoztli*, si ese era el recinto y el ombligo de aquella pintura. Cuando mi padre nos pidió tomar de nuevo las *xinachtli neli* para saber más acerca del altar no acepté, pues tal vez los pochtecas me reconocerían. El miedo me inundó el cuerpo al pensar en un castigo sin razón. Sin embargo, recordé que a su alrededor había ofrendas de todo lo que se vendía en el tianguis; así fue como se me ocurrió dejar una bolsa de lo que vendíamos a lado del teléfono y en los agujeros que le hicimos en el suelo: rocié las *xinachtli neli* sin que mi padre se enterara.

Pasaron las horas de venta en el tianguis. Dos comerciantes empezaron a discutir. Uno de ellos había vendido mercancía y guardándose el dinero en las bolsas del pantalón, negaba el pago. Uno empezó a gritar:

—Tengan cuidado aquí hay una ladrón, aquí hay un ladrón.

—Aquí no se hace trampa de venta: nos venden a nosotros, nos han puesto precio como esclavos, ¿Cuántas semillas de maíz y frijol valemos? ¿Cuántas vales tú? Vámonos hablando con la verdad, cabrón, porque eso de tranzar aquí no va.

Mi padre los enfrentó, tratando de tranquilizarlos:

—Cálmense, hombre, aquí hay niños, tengan cuidado por favor, llévense sus broncas a otro lado.

Los comerciantes miraron con desprecio a mi padre, justo antes de que uno le lanzara un puñetazo, mi madre, asustada, lo jaló del brazo y le dijo:

—Tú no te andes metiendo en pleitos ajenos, los que no son de uno no hay porqué tratar de arreglarlos.

Mientras lo regañaba, los comerciantes se agarraron a golpes, tirando puestos y mercancías; uno de ellos tambaleándose cayó y su cráneo chocó contra el teléfono, empezó a sangrar de la nuca. Aquello parecía un castigo pero al mismo tiempo un altar de ídolos, un verdadero *momoztli*. En el centro del tianguis se castigaba a quien robara o hiciera trampa para vender sus productos. Siendo ruinas aún cumplía su función. Las raíces de *momoztli* florecían con la sangre del sacrificio y las semillas verdaderas de *xinachtli neli*. Todos, con curiosidad en el rostro, se acercaban a verlo, pero muy pocos sabían el verdadero significado de lo que acababa de acontecer.

Los días siguientes sentí angustia cuando estaba de nuevo en el tianguis, como si el día aún fuese el mismo, como si el tiempo transcurriese más lento o como si el tambor

panhuahuetl, a la puesta del sol, sonara y retumbara, para avisar que ha terminado la jornada de trabajo.

***Ichtl*, la trenza de maguey y recuerdos**

Pisamos la falda del cerro de las piedras rojas, el viento me empujó la espalda para seguir avanzando, las piernas se empezaron a doblar justo cuando llegamos a donde estaban los corazones de maguey. Mis brazos caídos arrastraban el machete y la canasta trenzada con palma. En mi cintura, el rebozo que resguardaba mi ayoyotl, la pata de venado con semillas que me había obsequiado mi abuelo antes de morir, lo desamarré y se lo mostré a mi nantli Ramona, ella le escupió saliva a los magueyes que estaban listos para ser limpiados. Elegía siempre los más altos y regordetes.

Juntas abrimos el ombligo para verle el corazón al maguey, gritábamos al aire los años que tenía sembrado; yo acerqué la pata de venado de mi ayoyotl, soné las semillas que tienen dentro unos cascabeles, remojé con su salvia las plumas de gallo que cuelgan, estas se tornaron más anaranjadas, esperé a que el maguey espumeara. Me incliné, corté sin llegar a la piña, la primera capa de pencas que la abrazaban, las moradas no las corté porque esas pencas ya estaban quemadas. Ya cortadas, las arrastré en mi canasta, donde juntamos piedras, y las golpeamos fuertemente hasta que casi ya no tuvieran jugo.

Bajando, las machacamos en el metate, hasta que solo quedó el delgado hueso del maguey, es tan fuerte que resistió que lo enjuagara con agua y lo cepillara con ramas para hacerlo ixtle, el hilo del maguey. Después lo estiramos y lo enrollamos para poderlo trenzar.

Nantli Ramona recibía muchas visitas, las mujeres hablaban entre ellas, se contaban unas a otras que venían de muchas comunidades distintas, desde las nopaleras lejanas hasta el bejuco, desde el camino de piedras en la sierra hasta las serpientes de agua, ella siempre esperaba a las mujeres con una sonrisa y les decía:

—Somos pájaros del mismo plumaje.

Y les cortaba las trenzas con el mismo machete con el que hacíamos el ixtle, las mujeres se iban sonriendo, yo sabía que regresarían en unas semanas. Entonces deshacíamos más trenzas, las cepillábamos, después juntábamos todos los cabellos y los uníamos con el ixtle. Así, juntos, los empezábamos a tejer, formando pequeños mechones, de izquierda a derecha los entrelazábamos, intentando que no se enredaran unos con otros, los cepillábamos con ramas para que fueran cada vez más lisos y así convertirlos en ichtli, el hilo del recuerdo, el que estaba trenzado con ixtle de maguey y cabello de mujer.

Olvidaba el tiempo porque con cada tejido aprendía algo, cada uno de esos cabellos llevaba consigo impregnado un recuerdo, una vivencia, y al rozarlo con mis dedos, se imbuía en mi ser, en mis recuerdos, en mi sentimiento. Al trenzar, en mis ojos, se manifestaban lluvias y soles, los cinco rumbos de viento que levantan las plumas, el sol y la noche; porque sentía cómo desde mis uñas subían hormigueantes, hasta llegar a mis hombros y después a mi cabeza. Al trenzarlos, aprendí a matar guajolotes, patos, puercos, bueyes y gallinas, a quitarles las plumas para poder cocinarlas. Aprendí las curaciones, los nombres de plantas medicinales, aprendí a atrapar jumiles e incluso a pescar. Aquella sabiduría me emocionaba tanto que no quería parar y se me escapaban arreboles interminablemente hasta que terminaba el huipil o el rebozo.

Los cabellos y el hueso de maguey parecían sutiles, hermosos. Las mujeres esperaban ansiosas los suyos, su mirada cambiaba, tanto que mostraban seguridad. Al verlas me parecían familiares, pero cada que les entregaba el ichtli en forma de rebozo o huipil me hacían sentir piedras en la espalda, tanto que no podía enderezarme por unos días.

Una mujer llegó diciendo que encontró a una caminante de diferente maíz, enferma, tratando de llegar a donde cura el aliento vital nantli Ramona, pero su cansancio la secó en el camino y su último anhelo era que sus trenzas fueran cortadas y llevadas para convertirse en ichtli.

—Déjalo cerca del copal.

Era cabello de sol, pálido y brillante como el del maíz, en el pueblo no había colores tan claros, solo color carbón o color tronco; nantli Ramona acercó su ayoyotl sonajeándolo en círculos con su mano izquierda, mientras la derecha cepillaba por muchas horas.

Habían pasado exactamente veintiún soles, menos de un mes, en que ninguna mujer visitaba a nantli Ramona. No sabíamos realmente por qué. Salimos a pescar para la comida, nantli Ramona miraba su reflejo en el río. En su mirada había un vacío y un enojo.

—¿Qué pasa, nantli Ramona, te duele algo?

—Era hermosa como las llanuras por la mañana, como el gorrión blanco. Tenía piedras verdes en el cuello...

Nantli Ramona suspiraba y tocaba sus trenzas, después dijo:

—La enfermedad que trajo al pueblo es incurable, sus familiares han contagiado ya a varios y se esparce.

—Pero la medicina está en las plantas.

—No sólo es ella, son más, son muchos, están matando a todas las que cargan el ichtli que trenzamos tú y yo. Las mujeres que han venido a dar sus cabellos, los han dejado aquí porque aparentan olvidarse de su madre y abuelos, de las enredaderas con ayocote, con pasado unido al huatli que es el amaranto, para empezar a cortarse del

cordón, para que sus raíces que crecen en la cabeza, se alejen de su origen; pero el ichtli les hace crecer aún más su raíz, para no estar alejadas nunca de su verdadera naturaleza, de su verdadero ser. Estos cabellos no son sólo de una mujer muerta, sino que traen consigo mezclado otro saber, es de una comunidad llamada gorrión blanco y quien les ha dicho cómo vestir, les han prohibido usar huipil y cabellos largos con trenzas; por eso vienen aquí a cortárselo, a que nosotras lo trencemos, convirtiéndolo en ichtli, pero en forma de rebozo. Para que no se rían de ellas, para que los gorriones blancos no les digan indias. ¿Cómo pudieron hacer esto, convertir al ichtli en algo tan horrible? Me siento traicionada.

Esa mujer enferma que mandó sus cabellos de maíz, presencié el momento en el que unos hombres dicen que vendrán a visitar a las mujeres que hacen bien su trabajo, les cortan el cabello a las indias que suben al cerro y las regresan modernas, deben saber quiénes somos los que hemos llegado y por lo tanto, merecen una visita generosa.

—Pero ¿qué debemos hacer?, ¿a qué se refieren con generosa?

—Alejar el calor del abuelo, es lo que debemos hacer que no nos toque ni con la sombra del saúz, del agua quemada. No deben saber que el cabello guarda memoria y mucho menos que son las raíces y vivencias de las mujeres de este pueblo. Que no se enteren lo que es ichtli, eso es lo que debemos hacer, hija mía.

Nantli Ramona se cortó las trenzas, subimos al cerro de las piedras rojas, envolvimos su cabello con ixtle, lo mojamos con salvia, arrancamos de raíz un maguey y enterramos su cabello. Juntamos leña para hacer una fogata y quemamos los cabellos de maíz.

En el pueblo se empezó a prohibir hablar de algún saber originario y mi nantli pidió que solo la llamara Ramona, en unas cuantas lunas se olvidó de sus huaraches, de su

huipil, de su ganado. Mi cabello debía estar suelto, sin trenzas ni tejido, sólo así pude evitar cortarlo.

Una tarde los señores subieron al cerro a dar las gracias como había dicho mi abuela, eran diferentes a nosotras, hablaban otra lengua, uno de los del pueblo nos traducía lo que ellos decían. Nos pidieron ixtle y lo llamaron zacate, nos miraban con gestos amables pero con ojos de desprecio e invitaron a mi abuela a trabajar en el pueblo pero debajo del cerro, ya fuera cortando el cabello o realizando telares en unos artefactos que habían traído de su lugar de origen. Mi abuela aceptó realizar ropa porque no le permitieron cortar el cabello de las mujeres con el machete.

Así, poco a poco mi abuela se acabó la vista, se le pusieron unos telares blancos en sus ojos que le imposibilitaron seguir trabajando, desde ese día ya no fue la misma. A mí, como aún soy pequeña, no se me permite trabajar en el pueblo, por eso secretamente seguí haciendo rebozos con cabello e ixtle para que no olvidaran las mujeres sus raíces y se quedaran sin ver como mi abuela.

Las mujeres sólo subían por las noches para que nadie sospechara y como mi abuela llegaba cansada, dormía mucho. Por eso aprendí más cosas, incluso las que escuchaban las mujeres en el pueblo, doy gracias a mi abuela que me enseñó este saber, y por ella lo mantengo vivo hasta que muera, seguiré luchando por preservar y mantener viva la sabiduría del ichtli.

Chalagapoli, sangre de la tierra

Las copas de los árboles nos cubrieron de la palpitante lluvia, los monos blancos y cafés agitaron sus brazos, para alejarnos, por algo dicen que son tan listos, me sentía tal vez como ellos, mojado, tratando de cubrirme y a la vez huir. En la selva, las hojas largas se interponían, se hace imposible escabullirme como lo hacen los monos. Acompañarte a todas partes no es fácil, tatah nextic, papa cenizo, sigo tus pasos que se hundén después de cada machetazo. En la tierra húmeda está la respuesta, eso dices siempre pero nunca lo tienes claro.

Caminos de musgo arrullaban los troncos, se movían por el musitar de las aves escondidas en las ramas. Los frutos que recolectábamos colgaban como cascada roja del ramal pequeño, a pesar de ser de cáscara frágil, salvajemente las arrancaste, sin dar gracias o podarlo de las chalagapolis que yacían podridas. Algunos reptiles verdes y pequeños los cortaste a la mitad por la velocidad de recolección y no te mencioné nada. Cuando los guardamos en costales pesaban tanto que, siendo sincero, no me quedaba más que arrastrar el mío, tirar algunas bayas en el camino.

Enfurecí, lo puedo decir con libertad: ¿de qué sirvió todo aquel trabajo? Yo sabía que teníamos que escuchar la palabra del abuelo y seguir sus consejos. Andar por el camino no fangoso, que se encuentra retirado del lago Catemaco. Pero por no ser viejo y modernizarte como tú dices, se secan las chalagapolis.

La ciruela de chalagapoli con los días se está tornando seca, al ponerla en el paladar, su sabor un tanto agrio y dulce se escapa, la pulpa sabe amarga. Su cáscara junto con la de las flores se rompe en los dedos al tomarla, como la ceniza en el aire.

Tener que perseguir tus pasos es cansado, tatah nextic, papa cenizo, todo el tiempo pides mi ayuda para no dejarme en casa con mamá. ¿Qué hice yo, dime?

—¡Tu deber es estar con tu padre!, al igual que él estuvo con el suyo, aprende pues, namás pa' que te hagas hombrecito y entiendas que para vivir, hay que trabajar, qué mejor que aprender ahorita —dijo mi madre.

Mi madre besó mi frente y continuó haciendo tortillas. Me he dado cuenta, al seguirte, que es inútil hablar porque no me escuchas, pareces sordo, siempre muestras inseguridad y torpeza.

Cuando te miran los comuneros se ríen, miran tus facciones cuando muestras los costales vacíos, ya no te darán amortización. Tú indignadamente miras los árboles, que aun con lluvia no te regalan frutos con sangre de selva. Te dan un tiempo corto para hacer nacer chalagapoli o se talarán los árboles para la venta de madera. Me comentas que de cualquier forma, aunque no las hagas nacer, tendrás una remuneración y un pago justo por tu trabajo. No te rindes, buscas qué medicina rociarle, qué animales son los que se la devoran o peor aún, qué plaga, piensas en las aves, en gusanos e incluso en reptiles.

Me miras mientras golpeas el pasto, todo lo que pienso nunca lo digo, muestras enojo por no poder alejarme, cuando te humillan otros hombres. Mi madre llora mientras cuentas lo sucedido, menciona que debes ir al volcán y llevarle a Cihuanahualli, la bruja de Catemaco, las semillas secas.

Los senderos no me cansan, pero sí la pesadez de tu mirada fastidiada Rechinas los dientes, hablas de mi madre, de sus ojos cansados de hilar tanto ixtle, de su rostro lleno de humo de leña y de sus manos quemadas por sostener la carne que nos espera al llegar. Si ella fuera mi acompañante justo ahora, todo sería diferente. Una lancha con agujeros de tiempo podrido, es todo lo que nos mantiene con vida.

Los cocodrilos como árboles rocosos, en medio del manglar, nos observan, rodean la lancha, las olas que formas con el remo parecen hacerlos dudar de su ataque,

mencionas que son de cerebro tonto. A pesar de que mis piernas tiemblan de miedo, al ver su hocico bostezar, te sonrió, las nubes nos amenazan de espesura y oscuridad, los brazos del manglar nos jalan el cabello, bajas de la lancha cerca de la orilla, con una manta te dispones a atrapar a los cangrejos morados.

—Y qué esperas para abrir el costal, estos son parte del pago para Cihuanallali, la bruja —me gritaste furioso.

Bajamos de ella con los pies mojados, nos recibió directamente el volcán San Martín Tuxtla, la cueva con picos, los animales sacrificados, las chozas que resguardan de Ehécatl las hierbas, el río cercano absorbente de agua, las ollas de barro rotas, los quetzales sin plumas, gallinas sin patas y un montón de huevos podridos.

De la cueva salió una señora con cabello de carbón, con piel arrugada, llena de manchas azules, en su cabello colgaban caracoles y las plumas que había arrancado al quetzal. En su vestido de manta, había bordados de distintos colores y su cintura estaba amarrada con un lazo rojo de donde colgaban patas de venado, conejo, zorro y lobo, sus manos estaban quemadas por la leña, muy parecidas a las de mi madre pero su olor era penetrante.

Me pediste sacar del morral de siembra, las semillas secas de chalagapoli. Cihuanahualli tomó tu mano y la mía, nos llevó a la cueva. En el camino había rocas hechas cenizas, algunas flores quemadas. Al andar sentí sus dedos resbalosos, como si su piel estuviera hecha con la misma textura y saliva que la de un caracol, sus uñas resguardaban pequeños fragmentos de carne cruda aún con sangre. Ehécatl, el viento, con sus soplos parecía volverle su cabello carbonoso ceniza, tornándose blancuzco de canas, como si fuera un zorrillo.

Cihuanahualli, la bruja, desprendía un olor a cebolla que quemaba la vista. Los ojos nos ardían tanto que no parábamos de parpadear. Por fin entramos a la cueva, ella tomó una botella, la llevó a sus labios y nos escupió aquel líquido en la cara.

—Antes de que hagan su petición, ¿de qué quieren sanar o proteger? Necesito que arrojen estas plantas sagradas de acahual, a quienes son mis Cihuatemachtiani, mis maestras, una de ellas es Cihuacóatl, conocida también como Cumatz o Tonantzin, mi madre y la de todos, me enseñó a curar, a preparar a las mujeres para el parto; a Chalchiuhtlicue, hermana de los dioses de la lluvia, los Tlaloques, presente aquí en Veracruz casi todo el año, humedeciendo la selva, llenando el lago, el mar, el río de Eyipantla o haciendo crecer los sembradíos; a las diosas Cihuapiltin, que han pisado aquí, esta cueva, para dar a luz a un niño, se han escapado después de hacerlos respirar, las mujeres que han dado a luz y mueren en labor, mis maestras, Cihuatemachtiani, las convierte en mariposa; a Xiuhtecuítl Huehuteotl, padre, dios antiguo y abuelo fuego, que enciende el volcán, que arrulla en brazos de árbol a estas hierbas para curación, que alimenta, embellece de calor donde yacemos ahora mismo; a Xochipilli que nos hace florecer hierbas, raíces que son medicina. A los que falta por mencionar, agradecemos y ofrendo a ustedes esta resina de copal, esta cabeza de culebra, para que hasta por debajo de la tierra se encuentre la sanación de los aquí presentes, que traen semillas secas según me cuenta al oído Ecatl —dijo la bruja.

Al terminar de hablar Cihuanahualli, escarbó en la cueva un agujero, lo llenó con varios jicarazos de agua, de nuevo tomó ese líquido con aroma amargo.

—Esto que ven ahora es pirita mineral de girasol, salida de debajo de este volcán, amarilla, brillante, porque he atrapado en él los rayos del sol y la luna. Este es un panal sabio, mis Cihuatemachtiani, lo formaron con pirita y tierra, para formarlo circular para

que los minerales juntos nos mostraran el Mictlán, donde mis maestras están despojadas de su carne, del licor divino de las guerras y la vida. Lo sumerjo en el fondo de este pequeño estanque, en su reflejo están sus ancestros.

Eso sí, debo advertir, su refracción debe ser clara, pura, como la reverberación de las garzas, o los monos blancos aquí en su casa, porque si es borroso y oscuro, ustedes están enfermos. Si el brebaje que tengo no los cura, deberán adquirir la medicina por ustedes mismos, ya que a mí no se me permite salir del santuario —dijo Cihuanahualli.

Tatah nextic, te acercaste, callado, suspirando y exhalando temor. Aquel panal de reflejo, volteaba todo de cabeza, el espejo de pirita te reflejaba cansado, con los ojos hinchados, te hizo pensar en la muerte de los que habían defendido la selva de los Tuxtlas, recordaste al abuelo cosechando cuando eras pequeño, sentiste que tú eras el que rociaba insecticidas y mataba cualquier animal cercano.

—Por eso perdía su rojo, por eso ya no podrá nacer más —mencionaste.

Suplicaste guiar tu voluntad al bienestar de las semillas para la comunidad.

Preguntaste:

—¿Contra qué adversarios debo luchar, acaso son los mismos destructores de selva que querían asesinarla para llenarla de cemento?

La pirita evocó las imágenes de rito de protección para chalagapoli que hacías cuando eras niño; sin embargo, en tus oídos resonó tu machete matando, cortando los frutos sin ritual ni respeto. Tus lágrimas que rodaban por tu mejilla cayeron al agua, te miraste espeso, borroso.

—La pirita no miente, tu medicina la encontrarás en los árboles. Son unos bichos pequeños rojos o anaranjados, en el dorso tienen rayas negras y alas; tendrás que comer un puño diario. Ambos, tú y tu pequeño, tal y como te enseñó tu padre, amarrarán en

todos los árboles de cascadas rojas, un listón rojo con los animales muertos que encuentren en los alrededores de chalagapoli. Veo que uno de ustedes no ayudará al ritual, advierto que de no ser así, la naturaleza hará la selección de medicina por sí sola, pero ustedes dos no podrán posar sus manos sobre ninguna de las ciruelas o los absorberá por completo –dijo Cihuanahualli.

El ritual para curarla sonó muy sencillo, estuve seguro de que mi madre se pondría muy feliz. Junto con la oscuridad y el lago enjambrado de estrellas, el silencio ensordeció el manglar. Nos alteramos cuando vimos a los señores con sus grandes máquinas arrancando de raíz los árboles y pastizales. La noche se hizo muy larga, la comunidad gritaba enfurecida:

—No dejaremos que talen la selva...no dejaremos que talen la selva...

Todos se tomaron de las manos rodeando el territorio; pero a quien manejaba la máquina no le importaba, amenazaba con aplastar a los que no le dieran paso. Las señoras con rebozo lloraban indignadas con sus hijos amarrados en la espalda, lanzaban furiosas piedras hacia las cuatro máquinas, pero no hacían más que romperle algunos vidrios y luces.

—Señoras, por favor, les pedimos que evacuen la zona, ya que es propiedad del estado, no pueden estar aquí, si no lo hacen tendremos que tomar medidas severas. Entiéndanlo, este territorio no es de ustedes; sus esposos no se quedarán sin trabajo, y por sus hijos ni se preocupen, lo que falta en este pueblo es juventud, no trabajo. Ya estamos preparando un proyecto para mejorar la economía de la zona y ellos podrán divertirse, ¿no quieren eso señoras, que sean felices sus hijos e hijas? Implementaremos ayudas para que tengan una casa y se modernicen con la electricidad. Señoras, ya dejen de ser indias, no tendrán que acarrear agua del río, habrá agua dentro de su casa con

mangueras hechas de hule, la modernización estará aquí con ustedes –dijo el coyote de piel blanca.

—Mire, pues, como dice usted, indias pero no mensas, aquí es nuestra tierra, de ella comemos y sembramos, no solo chalagapoli, también arroz, frijol, calabaza y maíz del que estamos hechos; usted no nos asusta ni un poco. Cuando llenen de cemento los sembradíos, ¿de qué vamos a comer? Ya les quitaron la tierra a los del centro de Catemaco pa´ sus hoteles, aquí no, señor. No porque sea de noche nos vamos a dejar –mi madre gritaba enfurecida.

Con un rencor grande, les repetía lo mismo y las señoras a su alrededor asentían con la cabeza.

—Ándenles, compañeras, aquí el machete nomás no lo soltamos. Algunos de nuestros esposos ya han sido vencidos en esta guerra, han dejado despojadas sus carnes para ir donde esperan los muertos, pero nosotras, por la comida de nuestros hijos hay que luchar. Que estos coyotes de piel blanca no las intimiden –dijo mi madre.

Nunca vi a mi madre más segura de ella. Entonces giré mi vista, con tus brazos debiluchos te aferrabas al círculo de los que no dejaban pasar a los tractores, pálido, casi muerto, no lograste recordar el ritual del abuelo.

Te observé hasta que el hombre a cargo de la modernización se acercó a hablarme, al principio tuve miedo de responderle, pero algo en él me intrigaba.

—¿Qué edad tienes; qué es lo que haces aquí? Eres joven, dime en qué trabajas; ¿te gustaría ayudarme en algunos proyectos? —dijo el coyote de piel blanca.

—No, gracias, trabajo con mi padre, él me enseña cómo cosechar chalagapoli, pero no sabe cuidarlas, ha olvidado las enseñanzas del abuelo, por su culpa morirán. ¿Ustedes de dónde vienen? —pregunté.

—Vengo desde Tenochtitlán, allá vivía; pero mis pasos están en varios estados, en muchos pueblos que poco a poco se convierten en pequeñas ciudades. De hecho es mi trabajo construir nuevas y modernizadas ciudades ¿No te gustaría regresar conmigo y ayudarme?, sinceramente me recuerdas mucho a mí —dijo el coyote de piel blanca.

Me quedé en silencio, su mirada era astuta, parecía muy inteligente con sus mantas negras y gruesas, sin colores, con zapatos en vez de huaraches. Sin decir más se alejó hacia los tractores, mi madre ya había prendido unas antorchas y gritaba:

—Tenemos derecho de sembrar y cosechar nuestro propio alimento y mientras lo hagamos seremos libres. No dependeremos de ustedes, ni de sus máquinas asesinas, esta hambre que sentimos, esta pobreza como la llaman, es garantía de esperanza. Somos libres porque trabajamos nuestras tierras, con nuestras manos, nos aferramos a que nuestra madre nos provea de alimento.

Te miré arrancar los pastos, débil, y sentí vergüenza de que fueras tú mi Toltecayotl, mi palabra antigua. Observé tus huaraches, tu guayabera llena de polvo, sucia. De tu bolso de siembra rodaron, saltarinas y rojas, llenas de sangre, las semillas secas, pero tú parecías ahora sin vida, como si ellas hubieran bebido tu sangre sedientas. Tal vez la sed de vida era la verdadera solución del problema de la cosecha.

Me acerqué a ti, extendí mi mano para que al levantarte pudiera robar las semillas humectadas. Siempre estabas pensando en cómo hacer crecer mayoritariamente chalagopolis y matabas a sus verdaderos productores: los insectos.

Me introduje en la selva sin importarme la oscuridad, ahora tomé el camino corto. Con mi machete piqué la tierra para ablandarla un poco, con mi mano escarbé y sembré las chalagopolis secas, partí a la mitad una lagartija que subía por un árbol y las humecté.

Estas se tornaron vivas, jugosas de nuevo. Entonces busqué más lagartijas, los bichos se acercaron a la luz.

Pude restregarlos al ramal, al acercarme noté que en algunas de las semillas había incrustados colibrís, como tomando el néctar, sólo que eran blancos y secos, como ellas, tal vez el mismo árbol, aun siendo pequeño, les había absorbido completamente su viveza.

Regresé corriendo a la cabaña, sentí felicidad por haber encontrado la cura del chalagapoli, así ya no cortarían más y podríamos vender de nuevo en el mercado. La propuesta del coyote de piel blanca era buena, imaginé cuánto podría ayudar a mi madre incluso a ti. Tal vez estudiar, dejar de ser un pobre campesino. Al alzar mis piernas las sentía pesadas, quise parar pero seguí.

Cuando llegué, todo era silencioso, los tractores ya se habían marchado, la comunidad entera lloraba silenciosa.

—¿Qué pasa? ¿A dónde han ido los hombres modernos y las máquinas?
—pregunté, pero nadie hablaba, todos sollozaban.

Aquel silencio incómodo me hizo mirar en las cuatro direcciones. Había mujeres golpeadas, los hombres tenían aún piedras en los bolsillos. Me tambaleé y se me nubló la vista cuando mis ojos recorrieron el horizonte, como mirando el surco, agaché mi vista, estaban los órganos del hombre moderno, y su cuerpo cortado a la mitad ahí tirado. Titubeé cuando continué el surco, tenías en el brazo izquierdo el machete y en el derecho a mi madre recargada en tus rodillas.

—Dime, ¿qué tiene? ¿Qué ha pasado? —grité asustado.

—Ellos... ellos fueron, yo sólo la defendí de las piedras..., de la máquina
—contestaste llorando.

Entonces sollocé, no supe cuál ataque fue primero, puse a mi madre entre mis brazos, tratando de verla viva, pero partes de su cuerpo habían explotado, su sangre aún tibia resbalaba y la tierra la absorbía sedienta. Aquella mirada ya no me vería más, aquel olor a leña, a hogar, su perfume de lima; su metate aún con maíz morado esperaba, las ollas de barro..., entonces la selva ya no parecía seca, ni las chalagapolis cafés, ya nada estaba reseco. Demasiada humedad ahogaba.

Tú permaneciste inmóvil, siempre tienes reacciones, actitudes que no comprendo, niegas la realidad, la transformas de una manera ciertamente cómoda, y ella, mi Nantli, a quien ignoré, sólo la tomé en mis manos, tibiecita. Ellos me han arrancado mis raíces, han matado a mi comunidad, asesinaron a los árboles y a los animales... Y yo que pensé en ser como el que yacía partido a la mitad.

Quería beber agua oscura, respirar viento sin aleteos, caminar por la tierra desértica, encender fuego sin luz, mirar la noche sin un mar de estrellas, mirar el día sin un sol o una luna, quería ver una raíz podrida, muerta. Nantli, mi origen, mi útero cálido, cual temazcalli de lucha y libertad.

Me miraste con tus ojos falsos, la tomabas como avivándola, entendí entonces que nunca debí seguir tus pasos, ni observarte detenidamente. Los padres en nuestro pueblo enseñan el primer canto y tú cuál me has heredado. ¿Qué sacrificio valía la pena para reverdecer chalagapolis? ¿El de los animales, el de mi madre o el tuyo?

Macehualiztli, la danza, renace con tus pies

En ocasiones podemos conectarnos con nuestros seres cercanos a través de los sueños, robar un cacho de sus pensamientos, ideas o incluso recuerdos. Me han dicho que cuando dormimos el espíritu sale y se conecta con quienes fuimos o con quienes fueron nuestros ancestros, y que hay pasados que marcan la sangre generación tras generación.

Las circunstancias pasan frente a mis ojos y yo no puedo hacer nada, lo que me preocupa es no saber quién ha pasado por esto, porque solo miro lo que pasa a mi alrededor, no me he podido ver el rostro.

Al amanecer el cuerpo me duele, el cansancio me inunda, las plantas de los pies me palpitan, igual que cuando recorro largas distancias. Cuando duermo, continúa la historia de no sé quién, tal vez de una vida pasada, como aquellas leyendas que se cuentan.

Las sensaciones se han vuelto reales, un insistente sonido se impregnó tanto en mis oídos, que es molesto incluso no encontrar el silencio, mi corazón agitado resuena al ritmo de un panhuehuetl, tambor, tan fuerte que llega a mis oídos de forma irritante. La memoria me falla al intentar revivir los recuerdos del sueño, las piernas pesan, la respiración cambia, incluso los párpados pesan, se van llenando de tiempo que va cerrando los ojos, estoy obligándome a mí misma a dormir. Así que cada vez que despierto escribo lo que sucede, tal vez en unos días encontraré la respuesta.

Tlahuiztlampa, el este o el rumbo de la luz

El primero fue el que me mostró el rostro de una niña de siete años que me daba semillas en las manos. Sentí cómo mi cuerpo y el fuego entrelazaban nuestra energía con la de la luna, la de las cenizas en el centro de una gran fogata, que llenábamos de Tonatzin, nuestra madre. Poníamos carrizos, se escuchaba cuatro veces el lamento del atecocoli, caracol de mar. Agradecíamos rociando semillas que ardían y revoloteaban para subir al cielo para hacerse estrellas. La constelación permanecía en mis manos, al arrojar el frijol, el maíz o las lentejas se tejían mis pasos con los de otras mujeres, no les veía la cara, solo la silueta.

En la luz que florecía de aquel fuego, se sentía la destrucción de vida-árbol que pasaba a ser leña y después ceniza. Las semillas ahí lanzadas no florecerían ni se cocinarían. Eran aún más valiosas, porque de las semillas dependía la resurrección del cosmos, porque el mismo fuego era calor, vida, luz, todo lo que absorbía era sostenido por el aire y subía con él a la superficie de las citlatzin, brillantes en el cielo oscuro.

En el sueño mis brazos y dedos eran flacos, de una niña de ocho años, con cabello chino, negro, a los hombros. Miré esa misma fogata múltiples veces, me toqué el rostro sudoroso, respiré, aleteé como un quetzal, rugí como lobo mirando a la luna, y de repente, salté como un venado que quiere alcanzar las citlatzin. Recuerdo bien que miraba tanto al fuego que me lanzaba hacia él sin importar quemarme, pero nunca podía alcanzarlo ni un poco, como si el mismo fuego tuviera corazón. Traté de acercarme a su calor, pero el fuego se alejaba. Danzaba feroz pero nunca cicatrizó mi piel.

Movía mis pies, al igual que otras mujeres, en cada paso, fluían remolinos y también flores dibujadas. En cada dirección nahui ollin, cuatro movimientos cósmicos, se unían a danzar. Podíamos ser un cóndor o un águila, al abrir los brazos, elevarlos un

poco, movernos de izquierda a derecha. Una mujer anciana nos pasó una olla de barro, grande y circular.

—Miren su reflejo y pasen la olla a quién está a su lado. El agua, que es purificadora, nos muestra a nuestra persona espiritual —dijo la anciana.

Recuerdo cómo acerqué mi rostro al agua, pero me mostró el rostro de una niña y, al sorprenderme que era otra persona, desperté. Su rostro no me era familiar, busqué en las fotos que resguarda mi familia en cajas de cartón, debajo de las escaleras que dan hacia las alcobas de la casa.

Al día siguiente fui a casa de mis tías a contarles mi sueño, tal vez ellas supieran algo acerca del significado, son supersticiosas. Todas se pusieron un tanto tristes, pero solo una de ellas se dispuso a hablar.

Huitztlampa, el sur o el rumbo de las espinas

—Hace tiempo tus tías y yo intentamos realizar la danza macehualiztli, de nuevo, formar el nahui olin, los cuatro movimientos cósmicos, recolectar la leña, respirar la resina de copal. Por la necesidad de llamar a los espíritus de la familia, en cantos y en danzas; pero hacer memoria me duele en la sangre, en mi pecho. La niñez se torna borrosa cuando has tratado de olvidar a propósito una circunstancia horrible en tu vida. En la mía es la caída de mi tribu, inhalar el carbón y la brasa, el humo blanco de nuestras oraciones que se elevan al cielo, ya de nada serviría todo aquel conocimiento.

—Pero, eso quiere decir que...—dije un tanto dudosa aún con preguntas.

—Sé que debo contarte porque la macehualiztli, la danza, florece de la tierra, sin importar cualquier dolor, al danzar te regeneras, te arrancas la piel que eres, tu espíritu

cambia. Ansío revivir aquella danza y que sea con la familia que he forjado. Con vecinos y vecinas del pueblo, que sepan que los rumbos siguen abriendo sus puertas para no olvidar quiénes fueron nuestros padres, abuelos y cómo las mujeres hemos luchado aun después de vivir aquella desesperación.

Mis otras tías, con lágrimas en sus ojos, se sentaron a nuestro lado, una de ellas, de repente, empezó a llorar con furia.

—Carmelia por querer saber acerca de los saberes espirituales, siguió el consejo del pueblo, de cada noche robarles las lagañas a los perros de la casa y ponerlos sobre sus ojos. Pero dicen que vio cosas tan espantosas que murió de un paro cardíaco —dijo mi tía.

—¿Cosas espantosas? ¿Cómo cuáles? —pregunté

—No lo sé, nunca nos contó. Es mejor que te vayas, Malinalli, y regreses después —dijo mi tía.

Salí con temor de la casa de mis tías, sinceramente con las ganas de regresar y preguntar, me tenían angustiada todo el tiempo. Intentar dormir ahora era más difícil, nada funcionaba, ni siquiera tomar té de manzanilla o parpadear múltiples veces.

Zihuatlampa, el oeste o el rumbo de las mujeres

El sueño esta noche fue más largo, cuando desperté tenía moretones en mis brazos y piernas, todo me dolía, incluso la sangre corriendo por mis venas; me duele el alma, me duele no saber, muchas circunstancias no las entiendo. Me dormí pensando en ver detenidamente el rostro de la niña de las semillas, pero en este sueño había una fogata y nadie a su alrededor danzaba ni ofrendaba. De repente fui arrastrada de mi

cabello por aquel monte, no importando que las piedras rasgaran mi piel o chorreara la sangre por rodillas y brazos. Luché contra unos brazos de maíz blanco que me llevaban bruscamente. El sofoco del aroma a estiércol llenaba mis pulmones y había animales desconocidos que en ese momento para mí, resultaban espantosos. Muchas manos me jalaban de los brazos, yo intentaba morderlos, zafarme, pero eran tantos, monstruos hechos de maíz blanco. Me encerraron junto con otras mujeres en una xacalli con techo de paja, hecha con ramas secas de árboles. Cada vez que sollozábamos, nos jalaban el cabello o nos golpeaban, dando manotadas o empujándonos ferozmente hacia el suelo.

Mictlampa, el norte o el rumbo de la trascendencia

—No entendíamos qué hacíamos ahí, o el porqué sólo éramos mujeres jóvenes y niñas a las que nos mantenían encerradas. Sus rostros llenos de odio nos expresaban palabras y facciones incomprensibles.

“Las jóvenes planeaban cómo distraer algunos monstruos de maíz blanco. Mientras otras salíamos corriendo de aquel lugar. De la orilla de la casa, recolectamos silenciosamente pocas rocas, cuando parecían distraídos se las lanzamos sólo las de lado derecho y enseguida se las lanzarían las del lado izquierdo; pero cuando apenas lanzamos las primeras, ellos tomaron a la niña más cercana, empezaron a patearla con una furia inmensa, así fue como la primera niña pequeña murió, todas gritamos tan fuerte de dolor y tristeza que provocamos que entraran más a golpearnos, rompernos el vestido, lastimarnos y ensangrentarnos internamente.

“A pesar de ser borrosa la imagen de aquellos monstruos, no se me olvida, me dolía el cuerpo, la pesadez me hundía en una fogata que parecía no tener luz. Sólo

algunos salieron, otros se quedaron mirándonos aún moviendo extremidades de entre sus piernas. Entonces miré que las más grandes estaban tiradas, ensangrentadas, adoloridas; pero las pequeñas permanecían con los ojos cerrados, violadas y ya sin respirar. Todo aquello parecía inhumano, cómo pudieron ser tan crueles aquellos monstruos, a mi alrededor había brazos y manos zafadas, aquellas niñas y jóvenes ya no lloraban ni gritaban, pero en sus caras se veía el horror.

“En ese momento nuestra ancestra tenía la edad que tú tienes y a cada una nos ha heredado esos sueños. Mostrándonos una memoria antigua, un sentimiento de injusticia y resistencia —dijo mi tía.

Es espantoso recordarlo, cuando desperté estaba llorando, la almohada estaba mojada y supuse que los moretones de mi cuerpo yo misma los había hecho al tratar de despertar. ¿Por qué aquellos animales en el sueño son desconocidos? Pero ahora que lo pienso, no sé por qué me dieron terror si sé que son caballos, gallinas, vacas y algunos cerdos.

Al día siguiente, por la tarde, regresé con mis tías, y una de ellas me dio un huipil largo de manta blanco, bordado con flores de colores y un quexquemetl, boncho, con aves de color rojo.

—Cámbiate y enseguida vienes al jardín, te estábamos esperando —dijo mi tía.

En el jardín estaban mis tías, tuve miedo cuando sonaron el atecocoli, caracol de mar, y un panhuehuetl, tambor, gigante estaba en una esquina, en el centro ardía la fogata con un espiral hecho con flores y arroz, mi tía se acercó con una fotografía vieja en su mano.

—Esta mujer fue tu tatarabuela, mira bien su rostro, sus ojos, su nariz, sus manos, ella es la que nos enseñó a danzar, hacer surgir de la tierra las citlaltzin, las estrellas, ella

vivió en cada una de nosotras y llegó a ti a través de los sueños, para que no perdamos este saber originario. La niña que soñaste puede que sea ella y nosotras también la hemos soñado. Estás fueron sus semillas de ayoyotes, este fue su panhuehuetl, tambor, hecho con la piel de venado, es el que resuena tan fuerte, como un hueco expansivo, cuando lo toques sabrás cómo retumbaba el corazón de nuestra ancestra.

Si aprendes a mantener vivas nuestras tradiciones, verás que tu alma y espíritu no se enferman. Malinalli: danza porque macehualiztli, que es merecimiento, renace con tus pies, de tlatzotzontli, música que es tu ancestra, evapora agua de la tierra, de tu cuerpo; cuando danzas eres de nuevo. Cuando ella danzaba se curaba de la tristeza, volvía a ser humano, al igual que todos aquellos que danzaban. Algunos daban golpes, otros, patadas, golpeaban a quienes les ensuciaban el espíritu, percutían su enojo y rabia para luchar contra su propia negación, no querían dejar de ser ellos mismos, no querían acabar la danza porque volvían a ser esclavos de los que no eran de su comunidad ni de su pueblo.

Tuve la certeza de que aquella niña era mi familia, entendí que mientras mueves tus pies, por diferentes caminos siembras pensamientos, que se unen con las demás personas que te acompañan. Así, las cenizas de árboles de pino empiezan a flamear junto con el copal, alumbrándonos los rostros que desde lejos son iguales, que mantienen viva la memoria incluso inconscientemente, para mostrárselos después a mis descendientes, puede que los sueños te conecten con tu familia, incluso con los que han partido y están tratando de ser recordados en un pensamiento o incluso revivir, acompañarte a esperar y agradecer la luz del sol.

Xayacatzin, la artesanía de la vida

Moldear el barro con manos sabias e impregnar en agua y tierra los animales que resguardaban nuestro hogar era lo que mi abuela realmente me había enseñado, como cuando las hormigas se unen para construir sus propios cerros. Así éramos ella y yo.

Mi abuela se levantaba desde temprano, caminaba largo rato entre los árboles del bosque, desde las seis de la mañana hasta las nueve. Tres horas añoraba su ausencia, el ambiente se llenaba de frío, la cabaña goteaba, sereno, la madrugada me escupía en los ojos, para no dejarme soñar más.

Le pedí a mi abuela que me llevase, que aquel lugar de ramas blancas seguramente necesitaba ser cuidado, yo podía ayudarle. Me mostraba sus maíces del rostro, yo me sentía conforme de tenerla de nuevo en casa. Entre las dos, machacábamos las ramas en pedazos, con un metlapilli, piedra para moler en el metate, hasta tornarlo aún más arenoso, lo mezclábamos con agua y un poco de maíz para tornarlo en masa.

Este era barro blanco, así lo llamaba mi abuela al tenerlo listo para formar los Xacayatzin. Ninguna de las dos podía salir o dejar caer un poco al suelo porque el barro era sagrado. Antes de empezar a formar las figuras, mi abuela sonaba el atecocolli, caracol de mar. Lo ponía en sus labios, soplabla por una punta fuertemente, lo sonaba en cada uno de los cuatro puntos cardinales de la cabaña, yo la acompañaba con mi ayacaxtli, sonaja, que hice con una calabaza seca y semillas, el copal empezaba a difuminar la vista. Respiramos lentamente, exhalamos, hasta sentarnos en nuestros catres, junto al barro blanco.

Las dos hacíamos un jugo de tepocate, una especie de barniz a base de larva negra que utilizábamos al final de cada terminado para dar brillo. Ese jugo tenía que estar

listo antes de formar las figuras, machacábamos a los gusanos en el molcajete y mis dedos se sentían un poco resbaladizos y viscosos.

Empezábamos formando un óvalo que se tornaba un tanto cuadrado para el cuerpo, muy parecido al de una ardilla: su cabeza empezaba con una frente que parecía de lobo pero con una nariz de oso hormiguero, con la parte de la quijada en forma de pico de pato. El detalle de los ojos lo dibujábamos con espigas de trigo, pero se veían feroces y profundos, debían verse tan ágiles como los de un águila. Sus orejas agudas y largas como las de un conejo. Sus patas con garras delgadas, filosas como las de un jaguar y su cola era la que más me gustaba formar, porque llevaba tantas plumas, que formarlas con mis manos, era casi como arrancárselas a las aves.

Me sentía feliz de llamarlos al igual que mi abuela, Xayacatzin, al terminar con la masa sacábamos un petate y los formábamos en hilera esperando a que el sol los resecase para poder rociarles por el cuerpo el jugo de tepocate, y ya secos, poder pintarlos.

Mi abuela hacía las pinturas de diferentes formas, dependiendo del color que iría en cada una de las partes, el rojo lo hacía con grana cochinilla, el anaranjado con axiote, el verde lo hacía con hojas de sauce y musgo de árbol machacado con agua del arroyo, y el amarillo con hojas de girasol. Arrastrábamos nuestros dedos pintando cada color de su cuerpo, el viento arrastraba los sonidos del bosque hasta la cabaña y en ciertas partes del cuerpo de Xayacatzin los animales cantaban.

El tiempo de elaboración con todo y el secado era de casi día y medio, por eso mi abuela decidió enseñarme, para que durante su recorrido al pueblo donde acostumbraba venderlos, yo terminara de pintar los que faltaban. Al terminar, los llevaba bajando el

cerro, mi abuela siempre ponía a los Xayacatzin cerca de un bejuco, podía sentarme, escuchaba lo que la gente decía:

—Mira qué cosa tan extraña, qué animal será...

—Es un Xayacatzin –les respondía mi abuela.

Sin embargo, parecía no importarles, a los niños les gustaban tanto que los querían para jugar, pero cuando mi abuela oía esto les decía a las madres que dejaran que los niños los miraran o tocaran, pero que no lo aventaran o mojaran y que si se les llegase a fracturar o a romper alguna parte de su cuerpo, que rápidamente se lo llevaran a ella para que lo sanara. Algunas señoras se reían, otras la miraban admiradas y otras simplemente la ignoraban.

Pero mi abuela se preocupaba demasiado por cada una de ellas, anotaba en una libreta hecha de hojas secas, el nombre de cada persona que había comprado uno, cuando las encontraba les preguntaba:

—Y ¿cómo está Xayacatzin?

Era tanta su preocupación que luego iban ellas mismas a contarle cosas a mi abuela, que escuchaban ruidos. Le preguntaban:

—Señora, mi Xayacatzin tiene la mirada muy pesada, ¿no es de mal augurio?

—Fíjese que a veces grazna, a veces aúlla ¡Xayacatzin no deja dormir!

Les contestaba que debían cuidarlo y dejar cerca de él algún pedazo de fruta. Había hombres que se acercaban a verlo pero nunca lo compraban. Una vez un señor llegó a decir que quería comprar cientos de Xayacatzin:

—Mire, señora, lo que usted hace es una artesanía, donde yo vivo los pagarían muy bien, sin embargo, necesito que me los dé a un precio bajo, un par de monedas

—dijo el señor.

—¿Monedas? No entiendo lo que usted trata de decirme, aquí yo vendo mis Xayacatzin, pero de pago me dan cacao, semillas, frutas o verduras. ¿Cómo podría yo elaborar mis Xayacatzin con los metales que usted me da?

—Bueno, jefecita, mire, con estos metales usted puede decirle a otra marchanta que se los cambie por verdura, cacao o lo que usted quiera. Ande, así me llevo uno —dijo el señor.

Mi abuela aceptó las monedas y posó en sus manos del señor al Xayacatzin, este lo apretó tan fuerte que se hizo polvo blanco, seco y se esparció con el viento.

—Escúcheme bien, usted es una estafadora, inculta, india, que no sabe nada de arte. Los pesos, se los dejo, a ver si aprende o reflexiona un poquito.

—¿Arte? —dijo mi abuela, se quedó pensativa, mirando el azul del cielo.

Al día siguiente mi abuela se veía ojerosa y cansada, yo le preparé té de cedrón por si le dolía el estómago. Parecía preocupada, no salió temprano por las ramas blancas y el maíz para hacer el barro. Le pregunté:

—Dime, abuelita ¿qué tienes? ¿te sientes mal? Vamos con Doña Berta, la curandera.

—No, hija, a ella ni te acerques. Estoy bien.

—Entonces dime, ¿dónde consigo las ramas blancas?

—¡Ay, hija...no te preocupes!

—Pero tú dijiste que teníamos que ser constantes, realizarlos en días específicos. Ya conseguí el axiote, todas las plantas, el musgo, ya hasta desmembré el maíz seco que sobraba. Están las herramientas listas. Ándale, abuelita, ya sé prepararlo, me has enseñado por siete años.

—No desesperes, mi niña, mañana temprano, el viento y los sonidos del bosque te guiarán.

Me sentí nerviosa, tanto que no pegué pestaña, todo afuera de la cabaña estaba tranquilo, silencioso y completamente oscuro. Cuando por fin pestañeé para dormir, mi abuela encendió la vela, se puso su rebozo.

—Vamos, agarra tu morral, no olvides tus lazos.

Salimos el ambiente estaba frío, un tanto húmedo, por más que me escabullía haciéndome ligera y cuidando mi entorno, mi rebozo guinda se atoraba en algunas ramas salidas de árboles, mi abuela andaba a paso rápido y si no seguía su andar, me retrasaba y ella volteaba a buscarme con cierta cara de enojo.

—Ándale, hija, no puedes tardar, ¿querías venir? Échale ganas.

Por la obscuridad de la mañana miraba a los alrededores por si tenía que regresar después, pero los árboles y veredas un tanto iguales me lo impedían, mi corazón junto con el viento latía más fuerte. Mantenía alerta mis oídos y las nubes avanzaban sobre mí, algunos cantos de aves silbaban y estoy segura de que en parte nos perseguían, incluso me hacían sentir tan observada como una intrusa, llegamos a unas escaleras, formadas con un montón de ramas de árboles caídos.

A mi abuela ya no se le veía un solo rastro de enfermedad o dolor, parecía que en aquel entorno se rejuvenecía. El amanecer no esperaba nuestros pasos, mi abuela hacía señas con sus brazos, para mostrarme espirales, dibujados cerca de las raíces de aquel tumulto de árboles. Subimos, las piernas me temblaban, tal vez por el frío, tal vez por el cansancio o sólo por los nervios, un olor se impregnó rápidamente en mi cuerpo: tan agrio que sentía un picor enorme; la espiral estaba debajo de mis pies.

—Camina en círculos hasta que termine el espiral, en el centro, justo donde acaba, arranca el pasto, escarba un poco de tierra, ahí está el material que necesitamos.

Seguí las instrucciones de mi abuela, aquella espiral se me semejaba al sonido de viento, a las conchas del mar cortadas en cachos, al sonido de aquellas aves que mostraban el camino de las nubes y empujaban la llegada del sol. ¿Cómo sería aquel árbol blanco que nacía debajo de la tierra? ¿Era acaso tan vieja la madera que ahora era blanca? ¿Tal vez era una raíz antigua? Tantas preguntas me invadían en cada paso y mi abuela hacía lo mismo en otra espiral unos pasos más adelante. Al levantar el pasto, la tierra se encarnaba en mis uñas pequeñas y delgadas, mis manos no escarbaban rápidamente, mi abuela no mencionó el poder traer un azadón o una pala. Le grité:

— ¿Y por qué no traemos herramienta para escarbar más rápido?

—Cállate. No puedes hablar aquí porque si no, se entierran más.

Movió su cabeza de un lado a otro y con su dedo índice me hizo señal de silencio. Entonces ante mis ojos logré sacar una piedra blanca, me emocioné tanto que reí a carcajadas y grité: "por fin tengo una". Al gritar esto continué escarbando, un montón de moscas rezumbaron revoloteando en mi cabeza, la primera rama seca, un tanto tersa salió, en sus orillas había tierra lodosa con un color rosa muy tenue, las moscas volaron hasta posarse sobre ella, yo continué sacando de diferentes tamaños: cuatro medianas, una grande y un montón de pequeñas. Un escalofrío de terror sacudió mis entrañas cuando lo toqué con mis manos. Un cráneo pequeño, seco, pálidamente blanco, salió dentro de aquel escombro, miré a mi abuela asustada, que formaba por tamaños los huesos y los amarraba con lazos, lo solté, entonces supe que en cada remolino en el pasto de aquel bosque había uno, pero no lograba distinguir qué animal era, el Xayacatzin inundaba mi cabeza, los amarré con manos temblorosas.

—Estas toda pálida. Con dos basta. Vamos a casa.

Por alguna razón que no entiendo, miré la ternura de mi abuela de otra forma, el camino del bosque de regreso a la cabaña, fue muy corto, logré darme cuenta de que aquel lugar de espirales quedaba en la montaña, muy cerca del arroyo. Corté el maíz del sembradío, hurté de entre las flores a las grana cochinilla y junté las larvas de tepocate, golpeé con temor los huesos. Cada golpe que daba con el metlapilli, sentía que lastimaba al animal, no sabía qué especie era, pero tal vez le dolía.

—No tengas miedo, déjame contarte que esto que estás haciendo me lo enseñó mi madre y a ella la suya. Los animales saben que amasamos sus huesos, porque nos han visto durante años, ahora debes tú sentirte orgullosa, por este saber que ahora está impregnado en tu vivir y que podrás enseñarlo en su momento.

No pude evitar llorar. Incluso sentí que las semillas de mi ayacaxtli no sonaban bien, sino huecas, esta vez fabricamos juntas a Xayacatzin y con hojas de plátanos las envolvimos ya secas dentro de la canasta, para venderlas de nuevo en el pueblo. Una parte de mí se sentía muy inconforme por intercambiar huesos de animales amasados con maíz, en una figura que contenía esfuerzo, cansancio y temor mío, tenía la vida de mi abuela, la mía, el tiempo al pintarlo, tenía sol, resequedad de aire, plantas, insectos machacados, incluso agua del arroyo. ¿Y qué buscaba mi abuela, con ese intercambio? Si podíamos sembrar maíz y frijol.

—Señora, la vengo a ver porque Xayacatzin está haciéndose más grande y necesito que lo reduzca, no cabe en mi casa.

—Tráigamelo y se la cambio por otro Xayacatzin.

—No. Usted no entiende: yo no quiero otro, sólo quiero que ya no crezca.

Pasaron unas dos horas y la señora llevó al Xayacatzin en una carretilla, este medía un metro y medio, mi abuela le hizo unos orificios a lo largo de los pies y después les sopló, tapando algunos, logrando hacer una melodía.

—Ya no crecerá. Cualquier cosa, viene y lo arreglo.

Justo cuando lo posaba en la carretilla, el señor que puso tan triste y enferma a mi abuela regresó.

—Mire, pues si tiene de varios tamaños y no me dijo, ¿ya pensó mi oferta?

La señora lo miró y antes de que tocara a Xayacatzin continuó su camino con la carretilla.

—¿Sí cambió sus monedas?

—Me las cambiaron por leche...

—¿Ya ve, seño? Si le digo, usted debe de modernizarse, empezar a hacer tratos a lo grande con personas así, como yo, los que ya no somos indios y no sembramos, ni andamos acarreado de un lado a otro los borregos o limpiando caca de vaca. Usted es afortunada de que yo esté aquí, nada más porque sus artesanías son bellas y no las he visto en otro lugar. ¿Sí está dispuesta a venderme sus artesanías?

—Pues... aunque yo quiera, no podría realizar tantos, ellos mismos no lo permiten.

—¿Cómo? Pues me llevo todos los que tiene y regreso después.

—Pues me quedan cinco.

Pero cuando le entregué al señor el jacal con los Xayacatzin, estos se convirtieron en polvo. El señor se enfureció y al querer hablar, el polvo de huesos se escabulló por su boca y nariz, tosió fuertemente, le acerqué agua, él sacó de su bolsillo unas monedas, mientras tocaba su garganta desesperadamente, le lanzó los pesos a mi abuela en la

cara, con una mirada de odio y repugnancia. Mi abuela puso una cara de vergüenza y cuando se iba acercar al señor, este se fue.

Mi abuela estuvo muchos días sin poder comer, decía todo el tiempo que ella había matado a aquel hombre que respiró polvo de Xayacatzin, me decía que si estuviera vivo ya habría regresado por su encargo, que se sentía culpable por no cumplir su promesa. Sin embargo, no dormía, se la pasaba noche y día haciendo Xayacatzin, pero yo sentí que en cada uno de ellos dejaba un trozo de su vida, porque envejecía más y más, su pelo blanco y largo empezaba a caer, sus ojos se hacían más pequeños, cuando los veía notaba su tristeza, anhelando algo, pero cuando le preguntaba permanecía callada. Yo la alimenté y cuidé, pero el blanco de la masa de Xayacatzin se pasó poco a poco a sus ojos, hasta quedar ciega y no poder ir por el camino del viento.

Su atecocolli, caracol de mar, ya no acompañaba a mi sonaja ayacaxtli, en cada norte, sur, este y oeste, ya no era ella, se negaba a comer, mirar con los oídos como me enseñó, se negaba el tomar mi mano y a través de mí, ser ella misma; olvidaba que aquel saber ya estaba impregnado en mi vida, como lo dijo ella, ella...

Salí enfurecida de la cabaña, con los cientos de Xayacatzin en una canasta. Caminé hasta el arroyo, los golpeé fuertemente con el metlapilli tratando de convertirlos en polvo y que se los llevara el viento, pero no pude siquiera hacerles una abolladura. Los sumergí en agua, los golpeé de nuevo, pero seguían resacos e indestructibles, entonces hice una fogata y los arrojé, esperé a que las leñas cesaran, pero seguían intactos ¿Por qué abuela, por qué? Grité furiosa, poniéndome en cunclillas y jalando mis cabellos. Miré la tierra y me encaminé en búsqueda de aquel lugar de espirales, al llegar ahí enterré en cada ombligo un Xayacatzin y al regresar a casa mi abuela había muerto.

Su boca estaba abierta, su mano izquierda descansaba sobre su corazón, miré sus ojos tiernos, llenos de lágrimas, pero ya no tenían aquella espesa blancura cegadora.

Cuetlaxtli, el cuero arrancado del espíritu

Ya era incómodo hasta salir de la casa, porque don Jacinto, un señor moreno, de estatura baja y bigote esperaba las tardes para encontrarnos en el sendero que concurríamos a diario, primero nos miraba fijamente, se acercaba a nosotros, le decía con voz fuerte y amarga a mi padre:

—Don Juvencio, ¿hasta cuándo me va a vender a sus borregos? véndamelos, mire que yo quiero ponerme a vender unos tacos y consomé, ya tengo la olla, la cacerola, preparé ya la verdura y las hojas para cocerlo bajo tierra, solo necesito la carne.

—No, don Jacinto, entiéndalo, no le venderé ningún borrego.

—Pero no sea envidioso, pues, si tiene usted doce, véndame la mitad o si no, para empezar, uno, solo para que vea que no soy abusivo.

—Ya le dije y por favor retírese que tenemos trabajo que entregar.

—Mire pues, don Juvencio, véndamelo por las buenas, o si no yo tendré que conseguir mi borrego por las malas y eso no le va a gustar a usted, ni a su familia, ¿verdad?

—¡Hágase para allá pues! A mí no me venga con amenazas, con mi familia no se meta y si quiere broncas pues las va a tener. Ya le dije el precio por estos borregos, es lo justo, usted no me quiere pagar ni el tiempo de crianza. Así que los venderé con otras personas, con usted nomás no me conviene.

Ese día, al llegar a casa, mi padre cercó la casa con alambres y reforzó, sobre todo, la parte donde resguardaba a los borregos, ese día por la noche se escuchaba en el tejado como si caminara alguien, las pisadas parecían azotones, con rítmica de un cajón de tapeo. Creí que la lámina de asbesto caería a cachos de repente sobre nuestras cabezas. Mi madre sugirió que tal vez era un tlacuache o simplemente un zanate

buscando lombrices, sin embargo, mi padre tomó el rifle que era de su abuelo y soltó unos disparos al aire para asustar al animalejo, pero este, dejó de hacer ruidos, por un rato, en unas horas las inició de nuevo.

Al amanecer, antes de partir a la plaza para vender los huevos de gallina, nos dimos cuenta de que la reja que mi padre puso estaba rota, en otras partes estaba destrenzada, sus ojos se inflamaron, su cara se puso colorada del coraje, corrió a donde guardaba a los borregos y los contó en voz alta.

—Hace falta uno...ese don Jacinto...ahora sí va a saber quién soy.

Cuando bajamos al ombligo del pueblo, estaba Don Jacinto, tenía su cazuela llena de carne, sus tortillas azules, cilantro con cebolla, en cada plato de barro cenizo que portaba cada cliente. Mi padre frunció el ceño y sin decirle nada regresamos a casa.

—No lo entiendo, de verdad, cómo pudo burlarse de tal manera de nosotros.

Repetía esas palabras en todo el camino cuesta arriba. Enrejé de nuevo la casa, pero esta vez entre todo el tejer, dejó mucho alambre fuera para que tuvieran picos, tomó su rifle y se sentó en una silla a esperar a que don Jacinto fuese por otro borrego para su puesto. Mi madre lo apoyaba en cualquier decisión que él tomara, sobre todo si tenía que ver con las crías que cuidaron por muchos años, la preocupación era aún más, pues no solo perdían carne, sino también la lana que daba su pelar.

Tenían miedo que, al no estar nadie en casa don Jacinto, mandara a alguien más, para robar más borregos. Así que al día siguiente mi padre no bajó a trabajar, en casa aguardaba, silencioso, la llegada del ladrón, cuidar que nadie entrara era una tarea difícil.

Una parte de mi padre parecía que había cambiado: sus ojos se habían puesto oscurecidos, en ellos estaba la luna marcada, el cansancio, el sueño lo invadía, por más que se aguantó, las horas de la noche lo arrojaron, se quedó dormido en la silla con el

rifle en las manos, despertó hasta que mi madre y yo salimos al corral a buscar los huevos.

—Oye... ¡Juvencio! Te quedaste dormido —dijo mi madre.

Mi padre se levantó de un salto.

—No... no es posible... una vez más ese ingrato.

Caminamos hacia la casa de don Jacinto, pero al parecer había partido ya al trabajo, mi padre tomó vuelo y senda abajo. Cuando lo encontramos le dijo a mi padre:

—Buenos días, don Juvencio, ¿ahora sí, ya me quiere vender un ichkamej? ya vio que mi negocio sí quiere progresar, solo le hace falta un socio, ¿Qué dice usted, le entra o no?

—Usted, don Jacinto, es un hombre muy cínico.

—Pero si yo he sido muy claro con usted, solo que he tenido que conseguir mi mercancía en otros caminos.

—No me quiera ver la cara de ahuihuado —eso significa tonto—, eso sí no se lo permito, si usted vuelve a poner un pie en mi propiedad, va a conocer lo que es no tener piedad.

—Piedad es la que no ha tenido usted, don Juvencio, con este pobre viejo que ya casi andar no puede —dijo don Jacinto.

Nos regresamos de nuevo a casa, esta vez sí teníamos que mantenernos despiertos todos juntos, mi madre nos preparó téjate y el café con piloncillo bien cargado para no cerrar pestaña.

La noche por fin llegó, los ruidos se hicieron evidentes, aun estando fuera de casa, cuando volteamos a ver el techo, un perro café regordete nos observaba, con mirada fija, ya hacía quién sabe cuánto tiempo, la piel se nos enchinó de inmediato, su pelo era

grueso y brillante, no delgado como el de muchos otros perros. Mi padre por la furia que le causaba el intruso, le disparó con el rifle varias balas, el animal cayó detrás de la casa, corrimos a buscarlo. Se encontraba junto al corral de guajolotes, lamiéndose la pata, solo una habría logrado penetrarle la espesa piel, me dio tristeza ver cuánta sangre le chorreaba, mi padre lo maldijo y se fue de nuevo al otro lado de la casa a esperar a don Jacinto.

—Faltaba más, este señor no conoce la dignidad. ¿No se dan cuenta?, nos puso una trampa con el perro para distraernos, déjalo ahí, eso le pasa por andar en casa ajena —dijo mi padre.

Sólo le toqué la pata izquierda para curarla con un zumo de sábila y sal que prepara mi madre para curar las heridas. El perro me gruñó y se puso a andar hacia fuera de las rejas que protegen el terreno de la milpa. Sin embargo, cuando pasó por estas logró rasparse el lomo y en vez de un aullido, escuché un ¡auch! de dolor, un quejido como los que hacemos los humanos cuando nos lastimamos, sollozaba y parecía rechinar los dientes con palabras.

Como mis papás estaban tan ocupados esperando, decidí seguirlo entre las milpas y los sembradíos aledaños, traté de ser silenciosa, dar pasos cortos para que el perro no notara mi presencia, de vez en cuando volteaba a su lomo, yo tenía que detenerme por completo.

La sangre escurría del perro en hilares, que al mismo tiempo se dejaban acompañar por parte de su pelo, que caía a mechones, cada que se sacudía o hacía mucho esfuerzo para trepar senderos o piedras altas. La madrugada se alejada, el sol alumbraba más claramente, los chapulines saltaban y alguno se le metían en la quijada al perro, que sollozaba al andar con una pata lastimada.

El perro se detuvo hasta que llegó a la casa de don Jacinto, así que entendí que mi padre tenía razón, que realmente el señor había mandado a su mascota para distraernos. El perro se recostó fuera, ahí se mantuvo, lamiendo su herida, su panza parecía pesarle mucho y tambaleándose se ingresó a la casa por un agujero en la puerta de don Jacinto.

Cuando regresé a casa vi a mis padres tan enojados que no les comenté que había seguido al perro y que sabía quién era el dueño, pero cuando bajamos a trabajar por la mañana, el señor tenía una herida en la pierna izquierda que no le permitía andar hasta las mesas para servir los tacos.

—Ya ve, don Jacinto, y ahora pues cómo se lastimó, déjeme adivinar. ¿Dónde estaba usted ayer por la noche, que me mandó a su perro a que me destruyera el techo?
—dijo mi padre.

El señor agachó su cabeza, no contestó nada, pero en sus ojos se veía el odio y rencor que sentía. Mi madre me tomó del brazo y sin terminar la jornada regresamos a casa, el día aún permanecía iluminado. Mientras mis padres hablaron de los borregos regresé a la casa de don Jacinto, para ver cómo seguía el perro. Estaba ahí recostado, aunque se le veía muy delgado, cuando me acerqué a acariciarlo, noté que solo era cuetlaxtli, cuero, con cabello lo que yacía ahí tirado, era el pellejo con pelos aún con la herida sangrante y parecía que la habían arrancado, la solté de golpe, regresé a casa corriendo, no pude dejar de sentirme afligida. ¿Cómo pudo ser tan cruel para vengarse así del perro?, pudo haberlo curado, sanar su herida o de haber muerto, de todos modos, sepultarlo con su carne y su cuetlaxtli, cuero, su recipiente de vida completo, lo arrancó del cuerpo de perro. Así sólo logrará que cuando él muera, el perro no lo acompañe en su recorrido por el sendero de los muertos.

Al verme tan pensativa mi padre preguntó mi angustia, les conté que don Jacinto no solo nos robaba los borregos, sino que también había despellejado a su perro, al cual le había disparado una noche antes. Mi padre se agarró la panza y empezó a reír a carcajadas, me inquietó que tuviera esa reacción.

—Así que ese es su gran secreto. Llévame a donde está el cuetlaxtli —dijo mi padre.

Recorrí el mismo camino. En la tierra aún se veían las gotas de sangre y el cabello que se mantenía aún con el mismo brillo y grosor. Al llegar, mi padre tomó el cuetlaxtli, cuero del perro y me dijo:

—No debes sentir miedo, esto es más normal de lo que tú crees, debes saber que hay situaciones que son muy difíciles de explicarle a una niña, pero muchas veces hasta a nosotros como adultos, hay situaciones que nos asustan y otras que nos hacen mostrarnos al pueblo como somos realmente. Este señor, don Jacinto, ya no va a molestar más, pero antes debes responderme unas preguntas: ¿él se dio cuenta de que tú seguiste a su perro esa noche? Y aún más importante, ¿sabe que has venido hoy a su casa?

Moví la cabeza negando, mi padre escondió el cuetlaxtli del perro y caminamos a lo más alto del monte tepetl. Me explicó que hay personas que se convierten en animales durante la noche, que este saber es transmitido desde los abuelos, pasa por generaciones, porque a través de los animales podían encontrar comida, algunas medicinas al correr largas distancias, y que cada familia contaba con un animal en el cual podían transformarse. Esto era posible sólo si se contaba con el cuetlaxtli, que era el traje o vestimenta que tomaría prestada durante la noche.

—Es por eso que a los cueros de animales les llamamos cuetlaxtli, porque en ellos se pueden resguardar dos espíritus: el del humano y el del animal, que lo hace parte de la naturaleza, que lo hace ser nahual. Para que lo entiendas, hay personas que usan el nahual de la familia de manera benéfica y otros lo hacen para un beneficio propio, a pesar de que el verdadero sentido de ser nahual es ser un hombre de conocimiento. Mis padres me dijeron que solo hay una forma de acabar con un nahual y es robarle su cuetlaxtli que se desprendió, después quemarlo, para que no pueda volverse a convertir de nuevo en uno.

Juntos quemamos en el tepetl, monte, la piel del perro, el traje nahual, el llamado cuetlaxtli, era tan grueso que tardó horas y el fuego parecía apagarse con la grasa que este soltaba. Cuando llegamos a casa nos mantuvimos esperando de nuevo la visita de don Jacinto pero él no se volvió a aparecer por la casa, ni por la plaza, algunos vecinos dicen haberlo visto que se marchaba, otros que nunca llegó ese día de trabajar, otros que lo vieron correr, con la piel roja y un tanto quemada, hacia el tepetl, con una tristeza profunda, gritando de dolor.

Una oscura sonrisa

A Xóchitl le faltaban las esperanzas para continuar caminando en las calles. El frío se le encajaba como dagas envenenadas que acalambraban su piel morena, su cabello enmarañado y sucio se perdía con el negro de la noche, su mirada castaña reflejaba impotencia, sus delgados brazos se aferraban a una niña pequeña y tan frágil como ella. Se cubría con un rebozo rojo y un poncho que cargaba desde su pueblo. No llevaba más que unas cuantas migajas de pan, cinco naranjas en aquella bolsa de estambre con colores vivarachos. Para sus pasos interminables, sus huaraches tejidos de palma, corteza de árbol, cuero y fortaleza. Así, Xóchitl se escabulló en la entrada de un edificio grande para refugiarse de la helada noche que inmovilizaba sus pies, se inclinó, se posó de rodillas, miró a aquella niña, que despierta, sonreía, que tenía la mirada brillante, que en las tardes brincaba o jugaba, se aferraba a su madre, a su corta edad.

Aquel día tan largo había cambiado para las dos, aquellos vientos de Guanajuato, la habían varado en aquella ciudad que nada tenía de relación con su pueblo, el cual era verde, vivo, con grandes árboles a los cuales trepaba para jugar cuando era aún pequeña, como su hija que resguardaba en sus brazos, aquel pueblo con veredas que la guiaban a un río,

En sus pies pesados había cansancio, desesperación y resignación. Xóchitl había salido de casa ayudada por su suegra para subir a un camión, huir de aquella matanza.

Recordaba borrosamente su niñez mientras paseaba por las vagabundas calles. A Xóchitl, tras perder sus parcelas, su tierra de cultivo y su vivienda, confusa, andante, le retumbaban en la cabeza las palabras del gobernador tras aquella condena al pueblo, palabras arrogantes, de desprecio y sumisión ahogaban sus labios gruesos:

—¿Cómo podía dañar a su comunidad, a su pueblo, a su gente, destruir tierras y vender parcelas que no le pertenecían?

—Eran de mi esposo, de mi padre, de mi familia, de todos los del pueblo –sollozaba Xóchitl

Con disimulo vendió a campesinos herramienta de trabajo para la cosecha, costales, tractores, después ellos mismos eran la paga y sumado a esto toda su cosecha. Poco a poco los desalojaron de sus tierras.

El maltrato se hizo mayor cuando los campesinos se resistieron. La guardia municipal los agredió cuando alzaron la voz, protestaron los malos tratos, el despojo de tierras. Así fue como la tortura entró en los hogares, asesinando al ganado, y a las familias entre ellas la de Xóchitl.

Ella se sentía impotente, pero su única esperanza o solución fue huir. Como le aconsejó su suegra que era sabia pero que nunca abandonó su casa, porque eran herencia y como solución solo estaba aconsejar a Xóchitl para salvar a su nieta. Con unas cuantas monedas que había recaudado tras vender la poca cosecha que quedaba en su parcela, se decidió al morir su esposo. Los vecinos del pueblo hablaban que debían refugiarse en la ciudad del crecimiento. ¿Cómo iniciar?, ¿trabajar en el campo, en la milpa?, en aquella ciudad no había aquello. Xóchitl hablaba náhuatl, pero no lo escribía, no conocía las letras, nada era como en su pueblo, nada.

“¿Dónde reinaban las parcelas de maíz, los árboles de mango, los pastizales que le sirven de alimento nutritivo para las vacas, puercos, mulas y burros, dónde, donde?” preguntaba Xóchitl.

Dejando atrás el camino del pueblo, al bajar del autobús, erró por calles interminables, las personas viajaban en autobuses pequeños donde se transportaban, la

ciudad parecía tener una organización, pero al mismo tiempo era todo un desorden, la basura inundaba las calles, el aire no era puro como en el pueblo, los pulmones le dolían, probablemente por el aire o tal vez por el hambre que sentía. Trataba de ocultar su dolor, pero era gigantesco, entre las calles había personas, pedía ayuda, pero todos la miraban con desprecio, lo único que le regalaban era miradas de indiferencia, empujones y maltrato del que tanto escapaba.

—¡Quítate, greñuda, india mugrosa, no me toques, no me vayas a robar!

—¡No tengo dinero!

—¡Estorbo!

—¡Pordiosera, qué asco, que se bañe!

Pedía ayuda, pero nadie parecía entender su idioma náhuatl, caminó sin rumbo y sin conocimiento de a dónde llegaría e incluso a dónde iría, sin conocer absolutamente a nadie, sin imaginar los peligros de aquella ciudad, tan grande, tan llena de esmog y grandes edificios.

Con relámpagos en su estómago, debilitada, llena de polvo, por las pisadas de los ciudadanos apresurados para llegar al trabajo o a casa, antes de que el sol se escondiera y el frío la arrasara, sacudió su falda de flores, desató el rebozo y entre sus piernas introdujo a Kopitl, abrazándola sintió la delgadez, de piel de niña, escaparse por sus dedos, su aroma de hija le correspondía ese amor mutuo, la presencia, la esencia de madre, se mantenía en el aire como una dualidad perfecta. Sin embargo, Kopitl lloraba, no dormía, el frío no la dejaba, cada vez tenía más sueño, cada vez decaía más, sus labios delgados, secos, pedían a sollozos agua y no había, nadie de la ciudad le entendía, nadie podía regalarle un sorbo para su pequeña, el rebozo era delgado al igual que el poncho, su calor de madre era insuficiente para Kopitl.

Desesperada se levantó, buscó leña, pero no había más que árboles secos y pequeños, por las grandes construcciones, por los escasos jardines, decidida caminó hacia unos señores con trajes azul oscuro, con símbolos que ella no reconocía, color amarillo como el sol, con aspecto muy parecido a los que le habían quitado sus parcelas junto con el gobernador, estos se hallaban en la entrada de aquel grande edificio donde había descansado por unos minutos en la parte trasera. Se acercó a ellos y dijo: “ne notokan Xóchitl nochan ompa altepetl nimitstlatlaukilia atl luan moseua”¹. Sus plegarias se tornaron inútiles, pues estos sólo rieron a carcajadas y se susurraron algo entre los cuatro, le arrojaron unas monedas y mencionaron: “por si acaso, ¡chinga la tuya!”, persistente, Xochitl lo repitió. Ellos, a empujones, la llevaron media cuadra lejos de aquel edificio, se mantuvieron parados en aquella calle hasta que caminó y se alejó.

De nuevo buscó un lugar dónde refugiarse, llegó a un monumento grande en forma de cubo, en su interior había una escalera que iba desde el suelo de aquella explanada gris y fría hasta una cúpula, la cual era gigantesca, con ventanas rectangulares, cubierta por una media esfera anaranjada. Subió unas escaleras y se escondió en las paredes de esta, se sintió aliviada, pues a su alrededor ya no había más personas, sabía que de algún modo no corría peligros, pues tampoco había policías. Alzó su rebozo, miró de reojo a su hija, acarició su lacio y suave cabello de Kopitl y besó su frente, al hacer esto recordó a su esposo Xua, sus caricias, su calor, sus momentos en familia. Deseaba con el corazón que aquellos buitres no hubieran devorado su cuerpo, tal vez no era su cuerpo, tal vez aún seguía vivo, la probabilidad existía, a pesar de que su realidad era otra.

¹ “Mi nombre es Xóchitl (Flor) mi casa está en el pueblo se lo pido a usted por favor agua y descanso”

Xóchitl observó a su alrededor, notó que justo en las orillas del monumento había tres tambos, tomó lo que pudo y lo guardó en su morral. Kopitl estaba muy débil.

Los ojos de Xóchitl se tornaron cristalinos de lágrimas, tenía que actuar rápido y bien, por el amor a su hija, por la supervivencia de ambas. Sabía que a pesar de ser diferente físicamente y no poder hablar el mismo idioma que los de la ciudad, debía hallar una solución. El dulce pan de la basura que saciaba a Kopitl, le había salvado la vida aquella madrugada, pero el frío impregnado en la piel, la hacía estremecerse, necesitaba un refugio, leña o una cobija, había podido comer, tomar agua ese día, pero qué tal si al otro día no encontraba basura. Tenía que pedir ayuda, pero ¿a quién podría recurrir? Abrazó a su hija con su rebozo, decidida a descansar regresó al monumento, se escondió en las paredes de este, se sintió aliviada, pues a su alrededor ya no había más personas, durmió hasta que el cielo se volvió anaranjado, sabía que de algún modo no corría peligros, pues tampoco había policías, alzó su rebozo, miró de reojo a su hija, acarició su cabello, de nuevo besó su frente. Un escalofrío terrorífico recorrió sus entrañas, pues su dulce pequeña tenía la piel morada y totalmente congelada, rápidamente la desenredó del poncho rojo y revisó su corazón, su sangre al igual que la de Kopitl se cuajaba con el viento.

Con todas sus fuerzas la apretujó, se puso de pie, corrió entre las calles, entre las casas, una señora viejecita estaba barriendo la calle y le dijo:

— ¿Qué les han hecho, señora? ¿Qué tiene la niña?

Xóchitl solo movió la cabeza y al hablar sintió ganas de vomitar por el miedo a hablar en su lengua y no poderse comunicar

—¿ Mmm... miktok conetl?²

La viejecita se acercó, sus manos arrugadas y delgadas movieron unos centímetros el rebozo y dijo:

—Amo miktok, ¡ya yoltok !³

No aguantó el llanto Xóchitl cuando la viejecita la ingresó a su casa y le ofreció café con piloncillo, en un pedazo de aquella enorme ciudad había entre tantas personas una que hablaba su lengua. La viejecita le contó que ella también salió de su pueblo cuando era muy pequeña, así que hablaba español, pero también hablaba su lengua originaria, al igual que sus hijos.

Pareciera que ella había intercambiado su vida para que viviera Xóchitl, porque a los pocos meses murió, le abrió las puertas de su casa a Kopitl y le presentó a su familia, ahora ya no estarían solas, entre campesinos somos familia, aunque vivamos en la ciudad, seguimos siendo de nuestra sierra, de nuestros montes y de nuestros pueblos.

² ¿Ha muerto mi hija?

³ No ha muerto ¡está viva!

Las semillas de huexólotl

Cada mañana suelo sentarme cerca del corral a mirar un rato a los nueve huexólotl de mi abuela, mirarles la cabeza desnuda me da escalofríos, principalmente por sus ojos y su pico, que está envuelto por su piel sin plumas, que va de su cresta hasta terminar su cuello, su dorso está cubierto por plumas cobrizas, se roba de repente unos reflejos de luz de sol, sus patas siempre parecen estar a la defensiva, es difícil mirarles las uñas y no sentir dolor al pensar que son filosas.

Esta semana me he quedado más profundamente mirándolos porque me dio la impresión de que uno de ellos, al que llamaban collí, por ser el más anciano, trataba de decirme algo, lo sentí porque gorgoteaba muy fuerte solo cuando yo me acercaba. Los demás chasqueaban y caminaban en círculos, los miré de lejos cuando mi madre los alimentaba, cuando mi abuelo limpiaba el corral, pero ellos no tenían aquel comportamiento que me hacía sentir tremendamente incómodo, un tanto inquieto.

Al siguiente día me senté de nuevo sobre un jacal, les ofrecí semillas rojas que tenía mi abuela en un costal, con temor las arrojé al piso y revolotearon hacia ellas, collí de nuevo me miró se esponjó, sus alas negras, cafés y blancas se llenaron de aire. Empezó a rascar la tierra cuando lo escuché decir:

—Así que crees que somos intrusos...No somos gallinas enormes, nos han traído aquí a la fuerza...

Di un salto hacia atrás y logré romper el jacal, mis piernas temblaban, supuse que aquello había sido producto de mi cabeza, después de todo, ¿por qué un huexólotl me diría algo a mí?

Aquella noche no pude dormir, sus miradas y sonidos me hacían temblar. Al día siguiente no quise estar en casa, así que subí al monte para, como dice mi padre despejar un tanto la mente. Los senderos se sentían angostos, las hojas tremendamente pequeñas, todo parecía diferente, incluso los árboles tornaban su aspecto un tanto reseco. Para pasar más tiempo fuera de casa me dispuse a recolectar agua del río y subirla al monte para regar las plantas o los árboles que estaban muriendo, realicé esto por una semana, pero su aspecto no cambió en absoluto, así que pregunté:

—Abuelo, ¿sabes por qué los árboles y las plantas están muriendo en el monte?

— ¿Cuáles árboles?

—Los que están en el centro.

—Es porque hay muchas construcciones, casas y locales con vendimias, así que es difícil que crezcan sanamente, por eso están muriendo, por el espacio reducido, sus raíces no pueden expandirse con libertad, sin embargo, todos ellos están conectados por debajo de la tierra. Anteriormente, todo el centro estaba lleno de árboles, pero vinieron a querer llenarnos con sus rezos extraños y nos obligaron a todos los residentes del pueblo a participar en la construcción de la parroquia, quien se negara le iba muy mal, por eso nos vinimos a vivir más hacia el monte.

—No, abuelo, me refiero al centro del monte, a la mitad del camino para llegar a la cima.

—Pues a ese no se le llama centro, se le llama ombligo del monte y debes saber que se está secando porque hay muchas personas del pueblo que ya no han podido realizar los rituales que eran debidos para que creciera verde.

—Pero ¿cuál ritual?

—Ahora ya nadie lo hace, por ejemplo, yo estoy viejo, mis rodillas ya no me aguatan para subir al ombligo, tampoco a tu abuela y tus padres nunca lo aprendieron.

—Tal vez yo podría...

Aún no acababa mi oración cuando mi abuelo puso cara de tristeza y empezó a llorar, no supe qué palabras decirle, pues un nudo atrapó mi garganta, decidí ir con mi abuela. Ella siempre estaba en la cocina, hablar con ella era difícil si quería preguntar, tendría que moler el maíz en el metlapil o ayudarle con las tortillas o sino con el mole o el pipián, dependiendo, los frijoles siempre estaban en la olla hirviendo. Necesitaba pensar en una pregunta corta y que respondiera mi pregunta para estar ahí el menor tiempo posible, mi abuela podía estar ahí todo el día desde la madrugada para el desayuno, la tarde para la comida hasta en la noche para la cena.

—Abuela ¿cómo es el ritual que se hace en el ombligo del monte?

Ella hacía magia con sus manos, al igual que mi mamá, hacían juntas múltiples actividades, podían cuidar el fogón mientras molían, a mi mamá le sorprendió tanto mi pregunta que me dijo:

—Y ahora ¿por qué tanto interés?

Así que tuve que decirles que se estaban muriendo los árboles, pero ambas rieron a carcajadas.

—Mira, hijo, hay cosas que simplemente son difíciles de entender y la naturaleza siempre tiene sus razones, anda, mueve el molinillo, que si se pega el mullí, mole en la olla, sabe muy amargo.

—No te preocupes, no dejaré que tletl, el fuego, quemé tu sazón sabrosa.

—Nunca somos los mismos después de alimentarnos con su calor y su luz, su calor destruye, pero de una ceniza nacen muchas cosas, como la muerte, que pesa en el alma de los vivos, pero que sigue nuestros pasos todos los días.

Llegó el momento en que sentí adormecido el brazo, pero no me importó porque quería saber de qué se trataba lo que había puesto tan triste a mi abuelo, pero por más preguntas que hacía me evadían diciendo algún condimento que yo no entendía, decidí salir de la cocina cuando mi abuela me dijo que enjuagara la carne de huexólotl.

Mi corazón se agitó como loco, un estremecimiento de terror inundó mi cara, estoy seguro.

Estaba en el lavadero con los ojos entrecerrados, collí, el huexólotl, estaba pasivo, pero su expresión aún era como si me dijese algo, yo mismo quería que me digiera algo, pero había un silencio absoluto para los dos. Sus plumas estaban mojadas, algunas habían sido arrancadas de tajo, mi abuela mata a los huexólotl igual que a las gallinas, pero collí, el huexólotl, no había muerto por completo.

A pesar de que mi abuela no me había dicho de qué trataba el ritual, supe en ese momento que tenía que llevarlo al monte, lo tomé de las dos patas, lo abalancé para que recayera su dorso y cabeza sobre mi espalda, los caminos y las veredas habían cambiado, ahora eran mucho más grandes un tanto largos. Mis rodillas empezaron a sentir el dolor y la pesadez de la que hablaba mi abuelo, huexólotl cada vez pesaba más y el ombligo se me hacía más alejado. El cansancio era tanto que empecé a tambalearme, a sentir mi cuerpo como si hirviera en fiebre, pero no me detuve.

Hasta llegar al ombligo lo bajé, su cuello tambaleaba, sus ojos se habían abierto, collí, el huexólotl, me miraba fijamente, el viento del monte le arrancó las plumas que estaban un tanto frágiles por el agua caliente que le había rociado mi abuela. Desconfié

al mirar a mi alrededor, porque sabía que ahí era el ombligo, pero los árboles y las plantas no estaban secas, entendí que debía dejarlo en ese lugar, así que saqué el machete de mi morral y le corté la cabeza, como se hace cuando hacemos petición de lluvia, gota a gota fue absorbida, lo cubrí con tierra para no verle de nuevo los ojos y la piel.

Al regresar a casa sentí como si alguien me siguiera, miré constantemente hacia atrás, pero solo noté el camino de sangre que dejó collí, el huexólotl, desde el lavadero hasta el ombligo.

Se me hizo raro que no me preguntaran por él cuando me miraron mi abuela y mi madre llenos de tierra. Ese día no tuve apetito, los gorgoteos de los huexólotl no me dejaron dormir de nuevo.

Por la mañana salí a mirar el rastro de sangre, en camino hacia el ombligo del monte, la espesura de la sangre era tanta que parecían semillas de mazorca roja. No me atreví a probarlas, algo en ellas me hacía desconfiar. No supe qué significaban, acaso debía sembrarlas, distribuirlas en el monte o en el pueblo, nada me tenía tranquilo, solo recorrí de nuevo el camino donde lo había sepultado, levanté todas las semillas de mazorca roja y las guardé en mi bolsillo.

Las llevé con los huexólotl, se las ofrecí para comérselas, al principio las picotearon, pero enseguida se daban la vuelta y rascaban ansiosos con sus patas, tal vez no significan nada, pero era seguro que los animales y las aves no las comían porque de ser así no hubiera encontrado ninguna por la mañana, no dudé en mostrárselas a mi abuelo, al verlas sólo movió la cabeza y dijo:

—Por eso no quise comentarte de qué trataba el ritual, pero ya lo has descubierto por ti mismo, mi niño. La naturaleza simplemente tiene sus secretos y su magia, incluso yo no encuentro las palabras para describirlas, pero cambia, se adapta; ese que tienes

en las manos es el maíz tierno que da Xipe totec, nuestro señor desollado, en el monte, en agradecimiento al sacrificio de una vida humana, sólo así a través de años, han logrado que siga vivo el monte, pero nadie se había atrevido, tú dime, ¿a quién has sacrificado?

—Pues vida humana no, abuelo, no he matado a nadie, hoy que subí al monte está reverdeciendo, pero poco a poco, y sólo llevé a enterrar a collí, el huexólotl de mi abuela.

Mi abuelo se me quedó mirando, yo esperé una respuesta, pero me desesperé y empecé a rascar mi cabeza, la comezón me envolvía el cuerpo y el nerviosismo más, la impaciencia es difícil de controlar, yo no soy bueno en eso, por largo rato lo miré, le insistí que me contara más acerca de Xipe totec y el ritual del monte, pero se echó carcajadas.

—Está bien, hijo, te contaré mañana, anda, ve a descansar que te ves muy alterado, deja ya de jugar a que eres un huexólotl, ya estás bastante grandecito, los juegos de niños ya no te quedan, quítate esa cresta roja de la cabeza.

De verdad que no entendí sus palabras, pero salí porque era seguro que no quería hablar de eso, toqué mi bolsillo del pantalón y noté que ya no estaban las semillas, le di la vuelta a mi bolsa, busqué en las otras, en mi morral y nada, regresé hablar con el abuelo para preguntarle, pero ya estaba roncando, busqué en el patio, en el comedor, en la cocina de mi abuela e incluso en los petates donde duermo pero nada, me recosté, cerré los ojos y enseguida me despertaron las manos mojadas de mi mamá.

—Hijo, ¿estás bien, qué te ha pasado en el brazo, cómo te quemaste?, ya te he dicho que no andes jugando con fuego —tomó una pomada de Tepezcohuite contra quemaduras y salió.

Me miré la mano, esta estaba toda llena de granitos rojos, mi madre tardó unos minutos, caminó lento con un pedazo de sábila y una cebolla, me miró algo extraña. Cuando regresó empezó a gritar mi nombre muy fuerte, como buscándome, salió y entro varias veces de la recámara, después levantó la cobija donde permanecía recostado.

—Ese niño otra vez con sus bromitas, pero me va a escuchar.

Noté cómo su mano se abalanzó contra la cama, como no reaccione rápido, tomé la escoba me empujó el cuerpo con el cepillo con mucha fuerza. Me sorprendió tanto con sus acciones que en vez de enojarme sentí muchas ganas de reír a carcajadas, pero cuando solté la carcajada, mi garganta emitió una vibración extraña., Quise decirle que algo me pasaba en la garganta, que me sentía un poco enfermo. Mi madre seguía barriendo la escoba contra mi cuerpo. Traté de ponerme de pie, pero volaron unas cuantas plumas blancas con manchas negras, de nuevo intenté decir, pero me tomó entre sus brazos y me llevó al corral. Había dejado de ser un niño ahora era un huaxólotl al igual que los del corral.

Donde no hay sombra y los dientes sangran

Nos faltaba poco para llegar al lugar donde se nos ordenó que deforestáramos. No estaba muy de acuerdo porque de niño yo trepé algunos árboles junto con mis hermanos. Recuerdo que tardaban mucho en encontrarme porque de tantos árboles no sabían en cuál estaba. Para mí era fácil encontrarlos, porque seguía sus huellas y en ocasiones pude notar que en los que se escondían eran silenciosos, en todos los demás las aves piulaban libremente.

A pesar de que ya hace años estas fueron parte de mis tierras, ahora solo me queda el estar pensando, con un cinturón amarrado a mi pecho, que me apretuja el corazón y no lo deja latir libremente. ¿En dónde estarán todos los que vivían antes aquí?, pareciera que todos bajaron a la ciudad, al igual que yo, tal vez también a volverse obreros.

Es doloroso recordar la niñez, sentir al mismo tiempo el temblor en el cuerpo, escuchar cómo crujen cuando la moto sierra corta todo a su paso, voy matando miles de insectos y animales que no alcanzan a huir. Cómo pensar que un metal le quita vida a nuestro aire. Cómo pensar en quitar hogares a los que viven en el bosque, el temblor del manubrio se extiende a mi brazo acompañado de un escalofrío. Las cadenas lo cortan, en su rechinar el cabezal se aproxima al árbol, lo abraza, con sus enormes garras lo aprietan para exprimirle la vida, veo cómo gotea y aun así no hago nada para salvarlos. En pocos días avanzamos en este proyecto; solamente es para construir una plaza comercial para dizque ayudar a los que viven más arriba, en el monte, donde ya también destruimos para edificar casas pequeñas hechas con tabiques.

Sabemos que debemos llevar la madera para dejarla secar y trabajar posteriormente con ella. Las garras le van arrancando los brazos, el cabello; de pies a cabeza, lo desnudan, los presionan en sentido vertical uno tras otro.

Muy pocos escuchamos los lamentos, lo veo en los rostros de mis compañeros. Vamos en máquinas, nadie sale de los corta-árboles, cinco hectáreas y ya no hay sombra, nuestra frente llueve y el manubrio caliente quema las manos a tal grado que las hace arder.

El jefe se la pasaba gritando con un megáfono:

—Ya se tardaron, quiero verlos trabajar, miren a las hormigas arrieras, así deberían de trabajar, flojos.

Llegamos a la parte central del bosque. Es un lugar que no me resulta ajeno, a pesar de que sabemos que es sagrado para el pueblo, vemos cómo es convertido en ceniza. Mis compañeros no hacen ni dicen nada, de hacerlo nos corren y encontrar trabajo es lo difícil. Vi caer el primer escalón, después unas pinturas rupestres cayeron a mis pies mientras miraba de lejos, todo caía tan fácil como los que olvidan historias de abuelos y eso mismo yo estaba haciendo, sentía rencor, coraje, me preguntaba dónde están los defensores, dónde está el pueblo, mis compañeros que fueron vecinos, ¿dónde estoy yo?

Los pedazos de árboles que quedan entre los pastos, hay que bajar a cargarlos con los brazos y pasarlos a otros camiones. La tierra con la sangre de los árboles se hace lodo, se incrusta en los zapatos, así que el caminar es difícil.

El caliche cae rápido, va cubriendo el río, pero nadie detiene estas máquinas, años de sabiduría hechos polvo y piedras para la mezcla de la nueva sucursal. Escavar tierra, arrancar raíces es el siguiente proceso, antes de poner la tubería para el drenaje. Como

pude me armé de valor y moví los escombros que habían caído en el río. El jefe me miró con enojo:

—¿Qué crees que haces ahí parado? Ponte a trabajar en los escombros ¿No te mandé a buscar peces o sí? Anda, que el río salado no sirve, no tiene valor comercial.

Ahí estaban los michin, pescados muertos, machacados, aplastados, flotaban, me miraban muertos fijamente a los ojos, reclamándome; la fuerza del río los rompía en cachos, los alejaba con fluidez. Ahí debería estar yo, alejándome, pero solo tomé la pala y empecé a excavar; lo hacía tan fuerte que mis manos empezaron a encallarse, me detuve en cuanto se asomó una huella de niño, como las que dejábamos.

—Esa tierra no se trabaja sola, no construye sola, vamos, holgazanes, o no habrá hora de comida —dijo el jefe.

Mi pala chocó con unas ramas blancas, pero tomé fuerza, las golpeé para sacarlas para poder cavar más y más, pero a unos metros un compañero gritó:

—Son huesos de niños...

Su voz pareció haberle contado un secreto al monte, su eco se esparció y parecía dispersarse en el viento. Entonces miré mis pies y le tomé forma, aquella rama efectivamente era un hueso, un brazo, todos los trabajadores corrimos a mirar el descubrimiento, todos escarbamos para destapar el cuerpo, pero entre más profundo, más cráneos aparecían.

Los cráneos eran pequeños, tenían sus dientes llenos de lodo y de saliva espesa, un tanto verde, estaban los huesos dispersos, ninguno completo. Mirar aquella fosa de niños enchinaba la piel.

—Pues ni modo, muchachos, los que encuentren júntelos en un espacio, a lado de los árboles ya después vemos qué hacemos —dijo el jefe.

Los que salían los poníamos en montones como si fueran un montón de leña.

—¿Qué les habrá pasado, compa? Hay que darles buena sepultura ¿no? —dijo un trabajador.

—Pues igual aquí fue un panteón hace años y ni enterados —dije.

—Nos van a venir a jalar las patas en la noche —dijo otro trabajador, enseguida rieron a carcajadas.

Recordé cuando mi abuelo nos decía en familia que somos como un cuerpo que se rompió en pedazos y deben volver a juntarse para ser completos de nuevo. Así que, terminando de trabajar en vez de ir a comer y dormir, regresé al río a intentar unir los cuerpos como rompecabezas, estuve unas horas, hasta que escuché pasos y tuve que detenerme. Me puse en cuclillas intentando pasar desapercibido entre tanta oscuridad. Escuché los susurros.

—Yohualli ehecátl toka Moyocoyatzin, la noche y el viento entierran al inventor de sí mismo.

A aquellas personas solo les vi la sombra, se marcharon pronto, pero sus palabras me dieron la fuerza. El olor que desprendían era espeso, amargaba mi saliva, la espesaba como la sangre que les salía a los árboles. Acabé de juntar los cuerpos poco antes de que empezara a amanecer. Regresé con mis compañeros antes que despertaran para que no notasen mi ausencia. Me puse mi uniforme, así llama el jefe coyote al pantalón con tirantes y una camisa con un montón de bolsas para guardar la herramienta. Tomamos las palas y subimos a las máquinas corta-árboles. Nos llevamos una gran sorpresa cuando al llegar al bosque, estaba lleno de árboles de nuevo había sombra, era verde y sus raíces se entrelazaban unas con otras, como si nos quisieran impedir el paso entre ellos.